

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — N° 300.

SUMARIO.

Nuevo palacio del Congreso nacional en Santiago de Chile; grabado. — **Los cafés.** — *Revista de Paris.* — **Dos héroes.** — **El altar mayor de la iglesia de Brisach el Viejo;** grabado. — **De Rotterdam á Colonia;** grabado. — **Embellecimientos del bosque de Vincennes;** grabado. — **La feria de las vanidades.** — **Noticias de la China;** grabados. — **El fauno de Goysevox.** — **Apología de la mujer.** — **Romerías de Nuestra Señora de Font-Romeu y de Nuestra Señora de los Angeles en Francia;** grabados. — **Inauguración de una nueva iglesia en Nantes;** grabados. — **Letrilla.** — **Un hombre predestinado.** — **Revista de la moda.** — **Biarritz en 1858;** grabado. — **Nueva estatua del emperador Nicolás;** grabado.

Nuevo palacio

DEL CONGRESO NACIONAL EN SANTIAGO DE CHILE.

El dibujo que publicamos representa una de las fachadas del nuevo palacio del Congreso que se está levantando en el día en Santiago de Chile, por los planos y bajo la dirección del arquitecto francés M. L. Henault.

Este edificio, de vastas proporciones, debe contener además de los salones de sesiones de ambas cámaras con sus oficinas y otras dependencias; la biblioteca nacional y el museo. Estará enteramente aislado con dos facha-

das principales, una á la calle de la Catedral y otra á la calle de la Compañía, que debe su nombre á la iglesia de la Compañía de Jesus, cuya fachada se halla visible en parte á la derecha del grabado. El nuevo palacio tendrá unos 125 metros de largo y 80 de ancho. Toda su construcción será de ladrillos con basamento de piedra de sillaría. El ladrillo se cubrirá con estuco segun la costumbre del país.

Las obras se comenzaron en marzo del año actual, y se cree que el edificio estará terminado exteriormente dentro de dos años; pero los trabajos interiores durarán mas tiempo. De todos modos la capital de Chile contará en breve un edificio notable.

LOS CAFÉS.

Progresamos, adelantamos, ¿quién lo duda? ¿Habrá quien se atreva á poner en parangon las antiguas botillerías con los modernos cafés? ¿Qué valen la aloja, el agraz ni la leche amerengada al lado de un barquillo relleno de fresa ó de un quesito helado de Chantilly? ¿Qué comparación admiten las mesas de pino, los bancos cojos, las paredes ahumadas y los taroles de reverbero de la subterránea botillería de Canosa con las mesitas de mármol, los blandos taburetes, los espejos, ele-

gante empapelado y lámparas de gas del Suizo ó de la lberia?

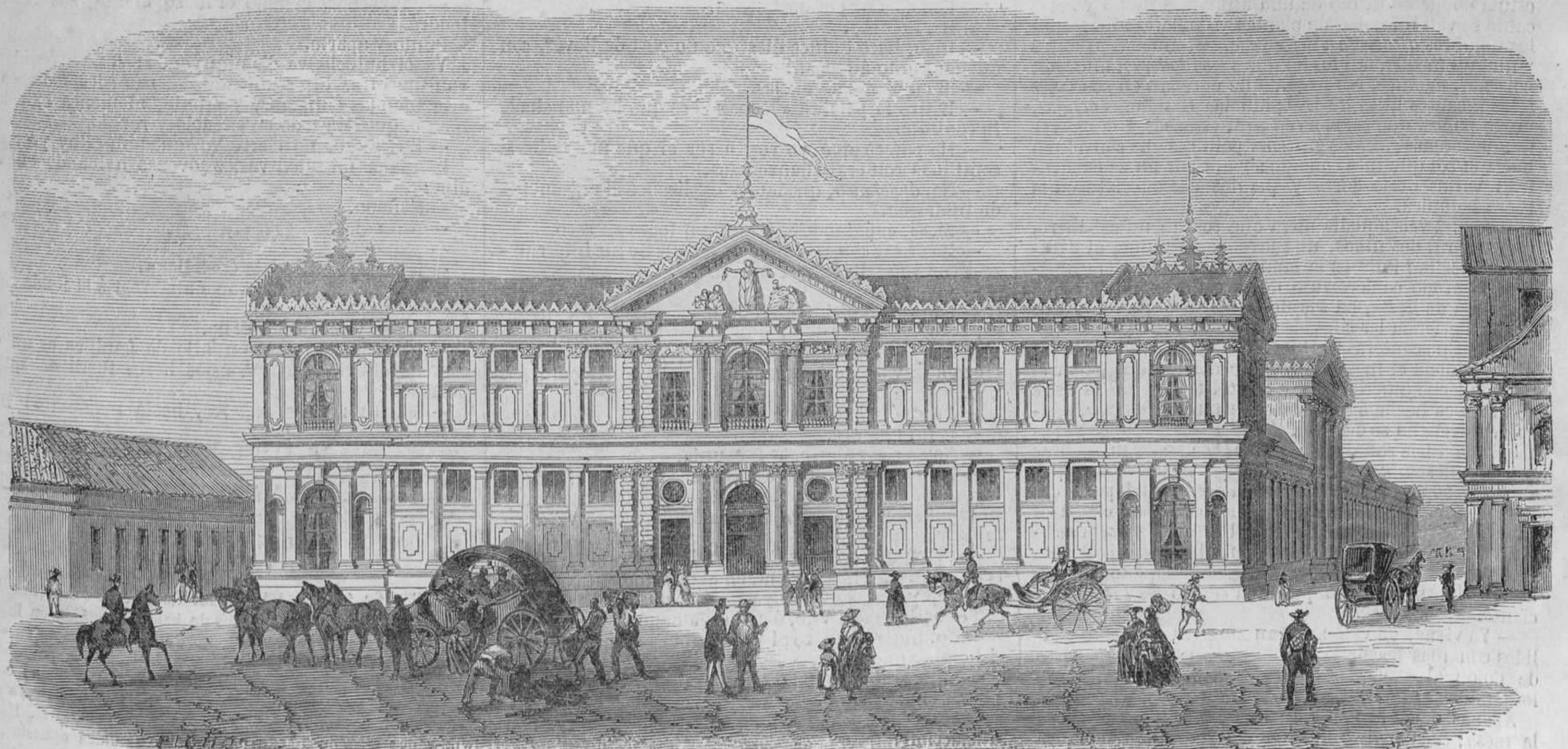
Nada hay en el mundo mas sintético, mas enciclopédico, mas omnibus que un café donde se come, se bebe frio y caliente, se juega, se lee, se oye música, se charla y sobre todo se mata el tiempo. ¡Matar el tiempo! hacer tiempo! hé aquí dos ocupaciones sabrosísimas para todo buen español que siente correr por sus venas la sangre de los voluptuosos árabes ó de los ya afeminados hijos del rey Wamba.

Time is money, el tiempo es dinero, dicen los ingleses que siempre están pensando en lo mismo, es decir, en las cuestiones de la bolsa; no así nosotros, gente orgullosa y soberbia, que miramos las cosas bajo otro punto de vista mas material, y tenemos al tiempo en menos valor que á una pieza de dos cuartos.

El tiempo es el sol, dicen los habitantes de los barrios bajos que salen á las paredes de la ronda á hacer compañía al sol mientras da su paseo diario por encima de la córte.

El tiempo es la cama, bosteza la inmensa falange de trasnochadores, cursantes de bailes y sectarios de gariotos, cuando las campanas de las parroquias anuncian el medio día.

El tiempo es la música, tararean los aficionados á las corcheas y semifusas gratis, edecanes de las bandas de música de los regimientos, y los papamoscas de plazue-



NUEVO PALACIO DEL CONGRESO NACIONAL EN SANTIAGO DE CHILE.

la, admiradores de la literatura *ciega*, es decir, de los ciegos rascadores de guitarra, Homeros y Virgilio á oscuras que romancen las proezas del guapo Francisco Estéban ó de Josefa Ramirez.

Por supuesto que esto de hacer tiempo es una ironía, un *contraria contrariis* alopático, un *al revés te lo digo para que me entiendas*, un contrasentido tan de marca mayor y tan de bulto como el llamar pelon al que no tiene pelo y rabon al animal que carece de rabo.

Aquí hacer es sinónimo de no hacer, se hace tiempo como se suelen hacer economías, reformas y mejoras, es decir, dejando las cosas como estaban ó peor si á mano viene.

Está probado que en España los días son mas largos que en lo restante del globo, lo cual unido á nuestra fabulosa afición al trabajo y á nuestra nunca bien ponderada prontitud para dar cima á cualquiera empresa, es causa de que de las veinte y cuatro horas siempre en suma total nos quede mas de la tercera parte de *plus de descanso*; una superabundancia de tiempo que el barbero mata leyendo *las Novedades*, el oficinista limpiándose las uñas con el cortaplumas ó haciendo la caricatura de su jefe, el cochero roncando sobre el pescante, la jovencuela telegrafando con su amante de la esquina, el autor dramático fumando en el cuartito de las actrices, y el estudiante en la parada ó mirando los escaparates de las tiendas.

¿Qué alegría no hubieran tenido nuestros abuelos al descubrir este nuevo perdedero de tiempo? ¿Y cuánto no se hubieran chupado y rechupado los dedos despues de un rico vaso de ponche á la romana ó de un delicioso biscuit? Verdad es que sobradamente cucos, sabian irse á la tardecita á matar el tiempo á casa de algun amigo, donde segun costumbre tradicional, se servia á cada uno de los presentes un vaso de agua con azucarillo, un pocillo de chocolate con bizcochos y una tacilla de dulce, con gran contento de mas de un gastrónomo que solia repetir la misma funcion masticatoria en el cuarto de al lado; pero aparte de ser este un modo sumamente expuesto á una bancarrota estomacal, carecia del tinte republicano y anti-ceremonioso de esos focos de animación y de chismografía que llamamos cafés.

Y aquí cumplenos á fuer de españoles, caballeros como pocos y amantes de faldas cual ninguno, declarar á son de trompa y de clarín ante la faz del universo, que las mujeres podrán hacer tiempo en sabrosa contemplación delante del espejo, yendo á novenas ó misiones ó espulgando á sus *King Charles*, pero nunca (salvas raras excepciones) lo matan delante de una botella de cerveza ó de una mesa de billar.

Los cafés, que mas de una niña mandaria demoler, han dado el golpe de gracia á las tertulias de confianza en que se jugaba á la lotería, á la peregila ó á la mona; han hecho que los hombres, aproximándose mas, encuentren mayor placer en murmurar, mentir y votar á sus anchas sin miramiento de ningun género, que en apurar el diccionario de galanterías y piropos al lado de una muchacha, ó en sostener una conversacion insulsa y fastidiosa con las señoras mayores.

« Los hombres se van acanallando, » decia la otra noche en una tertulia una soltera jubilada que tenia dos duros y medio y algunos céntimos de edad.

Quizá tenga razon la buena señora. El sexo feo, egoísta como él solo, huyendo de la extremada finura para con las damas, del quiotismo en una palabra, suele caer á menudo en el extremo opuesto, es decir, en la grosería y poca delicadeza.

Un café, sobre todo de noche, es un invernáculo, una estufa donde en medio de una atmósfera densa y sofocante se ven infinidad de plantas y de flores; allí están los hombres *alcachofas*, léase *pedantes*, muchas palabras y ningun meollo; allí los hombres *enredaderas*, mineros, bolsistas, agentes, etc., etc., que euredan en sus lazos á los incautos hijos de Eva; allí las fastidiosas *ortigas*, vulgo pollos, que solo sirven para estorbar y desgarrar honras ajenas; allí los *girasoles* políticos que convergen hácia el sol que mas calienta; y allí por fin se encuentran varias otras flores y plantas desconocidas en la Flora botánica.

Mirad: ¿veis aquella mesa que rodean un caballero, una señora, dos niños, una jovencuela y una, al parecer, doncella? Pues es la familia en masa de don Hipólito, honrado comerciante de la calle de Postas, que como día de fiesta, ha sacado su gente á paseo; y por via de merienda les convida á la botillería. ¿Qué fisonomías tan placenteras! ¿Qué miradas tan significativas dirigen hácia el mostrador desde donde debe partir el tren de leche amerengada y bizcochos que ya los tiene con la boca hecha agua! Todos se aprestan para el asalto. La jovencita se descalza los guantes, los niños se ponen de rodillas sobre sus asientos para poder maniobrar con mas desembarazo, don Hipólito sacude con el pañuelo y sopla las migas que á despecho del paño del mozo quedaron sobre la mesa; su consorte se ocupa en indagar la profundidad de sus faltriqueras para llenarlas á su tiempo con los restos del festín, y la criada, que solo de higos á brevas se encuentra en tales gaudiamus, arrima la silla cuanto puede al centro de las operaciones.

— Ya viene, ya viene, gritan nuestros pequeños adalides con mas fervor y entusiasmo que los compañeros de Colon al exclamar « tierra, tierra, » al divisar en lontananza al mozo portador del anhelado refresco.

Apenas dejan al mozo que asiente la bandeja sobre la mesa; cada cual se apodera del vaso que tiene mas á tiro de mano y ceba en él su *ira canina*, cucharilla en mano y bizcocho en ristre.

— Qué bueno está, masculla uno de los chiquitines

sin dar tregua al trabajo de ariete contra la mole de leche amerengada que casi toca con las narices.

— Muy bueno, sí, repite el hermanito.

— Sí que está bueno, corrobora don Hipólito.

— Bueno está, añade su esposa.

— Está muy bueno, concluye la jóven.

— ¡Ay qué rico! posdata de la criada.

Y la obra de destruccion va aumentando por minutos. Las cucharillas puestas en continuo movimiento y reforzadas con varios pelotones de bizcochos y barquillos van desmoronando aquellas gigantescas moles y abriendo ancha brecha en sus amerengados muros; el ardor de los sitiadores no desmaya un momento, y solo despues de haber arrasado completamente el interior de la plaza, y dejado solo el casco y de haber lameteado bien la cuchara, como si dijéramos, dado lustre á las armas empañadas y lamidose los labios, se dan los mas de ellos por complacidos y satisfechos.

— Papá, pregunta uno de los pequeños Cides, ¿no es verdad que esto no nos quita el cenar?

— No, hijo mio, contesta el padre del gastronomillo, el guisado y la ensalada no se han de quedar para el gato.

Los cólicos cerrados de Madrid tienen cierta celebridad entre los médicos, enterradores y demás gente *de in extremis*, debida á las calaveradas estomacales de los que profesan y practican las doctrinas de don Hipólito.

— ¡Mozo, mozo! grita el pollo Angelito, que está en la mesa próxima con otros cuatro amigotes.

— Señorito, ¿qué manda Vd.? responde uno de los gritados.

— Pedid vosotros, dice Angelito dirigiéndose á sus camaradas. Por supuesto que á la inglesa, cada uno pague lo suyo.

— Yo no quiero nada; acabo de comer ahora mismo, anuncia uno de ellos.

— Ni yo, prosigue otro, tengo el estómago malo.

— Ni yo, he refrescado hace muy poco.

— Señores, yo pienso ir á un baile donde habrá ambigü, y quiero reservarme para entonces.

— Supuesto que ninguno tomáis nada, no quiero singularizarme, y por lo tanto me contentaré con un rato de parleta con vosotros. Mozo, continúa Angelito, ya le volveremos á llamar á Vd. cuando le necesitemos.

— ¿Cuánto va á que entre los cinco compadres no reunen el valor de una peseta.

— Señores, participo á Vds. que he tronado con Luisa; es muy toña, muy coquetuela. La he abandonado, dice uno de los del quinteto.

— Hombre, ¿de veras? Pues segun malas lenguas ella es la que te ha dado unas soberanizas calabazas.

— Mienten; ¿pues en gracia de Dios me ha dado la niña pocas pruebas de cariño! si yo fuera á contar...

Probablemente lo mas que le habrá dado, si la muchacha tiene bien puesto su pabellon y el pollo se ha desmandado, habrá sido algun sonoro y oportuno bofetón.

— ¿Quién se viene al teatro? pregunta otro de los de la camada.

— ¿Es funcion tuya?

— No.

— ¿Cuándo se echa tu drama?

— No sé. Se lo entregué á Romea, y supongo que le habrá gustado.

— Ojalá supongas bien.

— ¿Cómo se titula?

— *Un ángel en el lodo*.

— Comedia de circunstancias.

— Ca, hombre.

— Digo, hace quince días que no cesa de llover, con que en punto á lodos...

— Si empezas de burlas.

— Retiro la palabra « lodos » si es que ha manchado tu comedia.

— Me parece que yo voy á ser el que me retire si continúa con esas chanzonetas.

— No, *ángel mio*, quédate y explícanos el argumento de tu drama.

— Sí, sí, cuéntenoslo, repitieron todos en coro.

— Ha de ser con la condicion de que no me interrumpais con impertinentes comentarios.

— Concedido.

— La protagonista de mi drama es una jóven virtuosa, pero de baja esfera, que arrastrada por su pasion violenta á un grande de España que la desprecia, se lanza á la vida de los placeres y del crimen para subir...

— ¿A qué, al cadalso?

— Pero, hombre.

— No es comentario, es pregunta.

— Para subir, repito, á la cumbre de las riquezas. La escena en que *Camelia* sacrifica su buen nombre y su reputacion en aras de su acendrado cariño va á arrebatar.

— ¿Y en qué acaba, muere tísica como la Dama de las Camelias, ó has inventado algun nuevo género de muerte, y haces que salga de este mundo tu *Camelia* con el baile de san Vito, ó con un ataque de perlesía?

— No, muere de gozo al ver que puede ya casarse con el hombre que ama.

— Vamos, muere como el perro de Ulises cuando vió á su amo de vuelta de sus viajes.

— ¿Eso es ya un insulto, y espero que me des una satisfaccion?

— Yo la daré por ese caballero, interrumpió un hombre ya entrado en años, que en traje y maneras demostraba ser una persona de educacion y noble alcurnia, y

que se acababa de desocupar en la mesa inmediata su vaso de café con leche. Ya me es imposible retener por mas tiempo el enojo que en mí ha despertado ese señor poeta con la relacion del argumento de su comedia.

Si las empresas de los teatros no quieren ver desiertas las localidades de sus coliseos, absténganse de poner en escena esos panegíricos inmorales de *ángeles* por ironía, que son el oprobio de su sexo y el cáncer de las sociedades modernas, y no olviden que aun hay mujeres honradas que sienten subir el rubor á su frente al presenciarse sobre las tablas las aventuras de semejantes heroinas.

— ¿Caballero, con qué derecho?

— Con el derecho del sentido comun y de la moralidad ofendida, que mandan se cante la cartilla á los niños que con la leche aun en los labios se quieren subir á mayores. Abur, amigo.

— Si no fuera porque su edad...

— A otra cosa, al que quiera le presento en casa de la duquesa del Fresno, dijo el que, segun recordarán mis lectores, se habia reservado para el ambigü.

— ¿Qué chicas van?

— La Luisa, la Emilia, la Julia; de esta sí que no podréis decir nada.

— ¿Cómo que nada? Friolera.

— Cuenta, cuenta: ¿con que tambien tiene historia?

— ¡Huy!

Este ¡huy! es de gran efecto; verdad es que por querer decir mucho no dice nada; pero en cambio es muy elástico y da materia para forjar cuantos embustes se quierén.

¿De qué hablarán aquellos tres caballeros, al parecer, de edad avanzada, que van poco á poco desocupando los respectivos pocillos de hirviente chocolate?

— Desengáñese Vd., todo lo del día es farsa, música celestial, dice uno de ellos engulléndose un soberbio remojón.

— Tiene Vd. razon, amigo mio, ¿qué tiempos aquellos los nuestros cuando no habia cesantes ni...

Huyamos, huyamos, esos son solterones, jubilados ó cesantes ó politicones del antiguo régimen.

— El pueblo... la conciencia... los principios... oigo gritar por un lado.

— Buen filon... al 3 por 100... acciones cotizables... oigo que dicen por otro.

— Periodistas... escritores... literatura...

— Mozo, un arlequin de todas frutas... dulce de calabaza... dos raciones de jamon en dulce.

¿Qué algarabía! ¿qué despropósitos! Y el pianista ejecuta entre tanto unas variaciones sobre el dúo « Infelice, veneno has bebido » de la *Lucrecia*.

Entremos en el juego de billar. Los aficionados á los palos y á las carambolas tienen un respetable número de espectadores, alguno de los cuales, gracias á lo abrigado del sitio y á lo cómodo del asiento, suele acompañar con sus ronquidos á las voces de los que juegan y del mozo que cuenta.

— ¡Hola, hola! en ese cuarto de la derecha se tira de la oreja á Jorge; ¡ah! cuántos al salir á la calle se tirarán de las suyas de cólera y de rabia al sentir que ha disminuido el peso específico del bolsillo de su chaleco.

— Calle, esa niña y ese jóven que van agarrados del brazo, se han desorientado por fuerza, y en vez de entrar en la planta baja del café, han subido al piso principal.

— Eh, caballero, señora, el café está abajo, yo los guiaré á Vds. si gustan; van Vds. mal por ahí.

— Bien van, bien van, señorito.

— Pues señor, cuando el mozo lo dice, sus razones tendrá.

Punto y aparte.

Ya el bullicio va disminuyendo; los parroquianos van unos tras otros saliendo del café; los mozos van apagando las lámparas, y pronto, al menos exteriormente, quedará todo en silencio y reposo.

— Eh, mozo, no cierre Vd. que aun estoy yo aquí. Detrás de mí salen varios jóvenes hablando en voz alta:

— Mañana.

— A las diez.

— ¿Sitio?

— Detrás de la Fuente Castellana.

¡Ah! ya comprendo: van á almorzar á la fonda campestre.

Las doce y media y sereno.

— ¡Qué horror! para un hijo de familias es un escándalo el encontrarse á estas horas fuera del hogar paterno.

— Buenas noches, señores, hasta mañana si Dios quiere.

RAFAEL GARGIA Y SANTISTEBAN.

Revista de Paris.

Ha llegado á Paris un jugador de ajedrez americano llamado M. Morphy, que despues de haber triunfado en Inglaterra de muchos jugadores célebres, intenta continuar en esta capital la serie de sus triunfos. Por el pronto ha empeñado un partido con M. Harrwitz en el café de la Regencia; cada uno de los dos campeones deberá ganar siete juegos para ser proclamado vencedor; hasta ahora dos ha ganado M. Harrwitz y dos M. Morphy. Se han cruzado grandes apuestas, y todas las noches acude al café á presenciar las peripecias de la lucha una afluencia de aficionados considerable.

Segun se expresan los inteligentes, M. Morphy es un pro-

digio. Un jugador de los de mas nota de Paris, M. de Saint-Amant, le ha visto jugar en Lóndres y habla de él con una admiración que en su boca es un elogio sin réplica.

El 27 de agosto, dice, mas de cien jugadores de ajedrez se hallaban apiñados en los vastos salones de *Queen's College* en Birmingham. De pronto se abre la puerta, y aparece un jóven de veinte y dos años, de una constitución delicada, sin pelo de barba, con manos y piés de niña: es M. Morphy, un ciudadano de los Estados Unidos que viene á buscar un cetro en Europa. No es un hombre de sangre puramente anglo-sajona, sino que es una mezcla de las tres razas española, francesa é inglesa.

Todo el mundo le aclama, pero nadie le arroja el guante; se esperan sus órdenes, y se acepta con ansia su proposición de jugar inmediatamente él solo contra ocho jugadores á quienes volverá la espalda además de tener cerrados los ojos. Un tercero le trasmirá en alta voz las jugadas hechas sobre los tableros numerados de 1 á 8, y responderá á ellas sin perder un segundo.

Comienza el desafío. Es de notar que las piezas no tienen color, se juega contra un ciego; pero la ventaja principal de la coalición está en el tiempo que se gasta en la ejecución de las jugadas; mientras se verifican en siete tableros otros tantos golpes dobles, el octavo puede entregarse á sus combinaciones.

A las doce del día se principió á jugar y se acabó á las ocho de la noche, sin que en el juego de M. Morphy se notara un instante de incertidumbre. Uno de sus contrarios cometió un error, y el ciego le señaló á la atención de todos.

Además de esa facultad de memoria prodigiosa que le suministra la percepción del juego, como si todos los tableros estuvieran á su vista, hay que añadir la libertad de espíritu que parece conservar para hacer sus cálculos y para encontrar casi eléctricamente la jugada justa. Cuanto mas se conocen las dificultades del juego, tanto mas sorprende el espectáculo.

Los hombres de mas nombradía en el ajedrez, Philidor, La Bourdonnais y Harrwitz, no han logrado jugar de esa manera mas de tres partidos; sin embargo, Morphy asegura que su amigo Doulson d'Yowa puede jugar hasta veinte.

Morphy con los ojos cerrados emplea en el juego todos los conocimientos que posee; nunca se equivoca en el golpe; así es que en ese sorprendente desafío contra ocho jugadores, cada cual con un juego diferente y oyendo sin reparo los consejos de los amigos, Morphy ganó á siete de ellos, y se las había con personas entendidas.

A todo esto el héroe de la fiesta se quedó al cabo de ocho horas de combate tan fresco como estaba cuando comenzó.

Cuando se pregunta á ese jóven cómo ha podido adquirir esa facultad de jugar con perfección sin ver, sobre todo en un país donde han debido faltarle los modelos, responde como Newton acerca de la atracción: «Pensando siempre en ello.» Principió á estudiar el ajedrez á los diez años, y al cabo de otros doce de estudios y de ejercicios, cambia de continente y se planta en Lóndres y en Paris como el primer jugador del mundo. No habrá mas remedio que reconocerle por jefe despues de haber luchado con él hasta el último extremo.

Sin embargo, los ingleses no quieren precipitarse en ceder la palma. Despues de haber sacrificado cien libras esterlinas en la primera escaramuza, ahora tienen apostadas cuatrocientas en favor de Staunton, un editor de Shakspeare, que muy ocupado en el día, ha pedido se aplase la batalla para el mes de diciembre próximo. Durante este tiempo Morphy visitará la Francia y la Alemania, países que pueden apreciar tanto como la Inglaterra el talento del jugador americano.

M. Staunton disfruta de una reputación merecida hace ya años; pero ha perdido el vigor juvenil, y apela á todos los recursos para salir triunfante; supónese que con toda intención ha fijado la época de las nieblas para una lucha en la cual su antagonista, natural de un clima muy cálido y que parece muy delicado de salud, no disfrutará de la plenitud de sus facultades.

M. de Saint-Amant concluye diciendo sobre este punto que en el ajedrez efectivamente el estado del físico del hombre ejerce una gran influencia sobre sus facultades. «Entre dos jugadores de fuerza igual, la victoria, dice, es sin duda alguna para el que disfruta de mejor salud. Yo mismo he podido experimentarlo.»

Se van concluyendo las semanas del verano actual en la misma esterilidad de acontecimientos con que comenzaron. Nada se dice, nada sucede, de nada se habla, y la pluma del cronista apenas acierta á encontrar materia suficiente para dar á entender que existe, mientras llegan mejores tiempos. Sin embargo, de repente ha salido á volar una noticia que está siendo objeto en el día de todas las conversaciones, y es la del próximo enlace de nuestra hermosa compatriota la señorita doña Sofia Paniega con el duque de Malakoff.

Parece ser que el ilustre mariscal conoció en las fiestas de Cherburgo á la jóven española que acompañaba á la emperatriz Eugenia. Prendado de su belleza y de su gracia se resolvió á pedir su mano, pero entonces no comunicó á nadie su pensamiento. Terminadas las fiestas, la señorita Paniega regresó á Paris, y ya se encaminaba á España con la señora condesa del Montijo, cuando recibió un despacho telegráfico de parte de la emperatriz, en el cual se la comunicaban las proposiciones matrimoniales del mariscal de Francia, duque de Malakoff, embajador en Inglaterra y otros títulos honoríficos.

Las bodas tendrán lugar á fines de este mes cuando regrese la familia imperial de Biarritz donde se encuentra ahora; entre tanto se confeccionan las galas y aderezos de brillantes para la ceremonia, en la cual figurará el emperador Napoleon como padrino de los novios.

Los emperadores no dan dote alguno á la futura mariscal, pero la emperatriz la regala unas magníficas vistas, y el duque añade por su parte cien mil francos.

En Madrid se dice que la reina Isabel prepara un soberbio regalo para la novia.

El mariscal Pelissier, á pesar de sus sesenta y cuatro años,

disfruta de la mejor salud y tiene una figura agradable y simpática.

Sobre la energía y vigor de su naturaleza robusta se cuenta este rasgo característico. Últimamente se hallaba en Dieppe tomando baños, y comiendo un día con M. Reisset, propietario actual del antiguo castillo de Arques, sintió deseos de visitar esa célebre mansión llena de recuerdos del rey Enrique IV.

— Decídme, amigo mio, exclamó el duque, ¿podrías darme de almorzar mañana en el castillo de Arques?

— Será mucha honra para mí, señor mariscal, respondió M. Reisset.

— Sí, pero no quiero ceremonias.

— No se harán pues.

— Yo tengo bastante con un vaso de leche y una taza de café... Sin embargo, añadió, aunque haya un poco de carne y algunas botellas de vino no estarán de mas.

Y seguidamente el duque de Malakoff, para quien es una necesidad el ruido de la pólvora, manifestó al comandante de la guarnición de Dieppe el deseo de que las tropas que tiene á sus órdenes acudieran á Arques para hacer allí un simulacro y que aprendieran cómo se toma un castillo fuerte.

Con efecto, al otro día por la mañana al despuntar la aurora, los soldados del regimiento, no poco sobresaltados con aquella expedición casi nocturna cuyo objeto ignoraban, se encaminaron hácia el castillo adonde iba el duque de Malakoff, quien no tardó en presentarse con los funcionarios que el día anterior habían tenido la honra de comer en su compañía.

Al anuncio de la llegada del mariscal sonaron los clarines y tambores, y poco despues comenzó un vivo fuego de fusilería que debió sorprender extraordinariamente á los habitantes de la comarca.

Entre los parroquianos de un café del boulevard de la Bastilla se cuenta un anciano cuyo traje denota la pobreza, pero una pobreza decente y soportada con una resignación rara en un hombre que en su juventud se había encontrado en la opulencia.

Todo el mundo le estima, y todos buscan sus relaciones porque es hombre de conversación amena y de mucha gracia en el decir; en tiempo de la Restauración compuso algunos versos que fueron muy leídos y le dieron bastante nombradía.

La otra noche contaba lo siguiente:

— El rey Carlos X me regaló una caja de polvo adornada con su retrato y guarnecida de diamantes. Hallándome una vez en un apuro, tomé el camino del Palacio Real, entré en una de las joyerías mas famosas de la época, y dije al platero presentándole la caja:

— Quisiera vender estos diamantes.

— Está muy bien, me quedaré con ellos si nos arreglamos, contestó el joyero.

Convinimos en el precio, y una vez cerrado el trato añadí:

— Ahora deseo otra cosa.

— Diga Vd.

— Que me reemplace Vd. los diamantes

— ¿Con otros de menos valor?

— No señor, con piedras falsas.

Así lo hizo; me guarneció otra vez la caja con piedras que imitaban perfectamente el diamante.

Pero hé aquí que algun tiempo despues el pintor que habia hecho el retrato del rey me escribió suplicándome que pasara á verle.

— Quiero pedir á Vd. un favor, me dijo.

— Hable Vd.

— Necesitaria la caja en que he pintado el retrato del soberano para hacer unas cincuenta copias que me han sido encargadas por S. M.

— Nada mas fácil, le contesté dejándole la caja.

— Habré despachado, dijo, dentro de dos meses.

Con efecto, al cabo de dos meses pasé á recoger la caja.

El pintor la habia confundido entre las cincuenta pedidas por el rey y que estaban ya concluidas.

Buscé un gran rato, y al fin me la entregó dándome las gracias.

Apurado nuevamente acudí otra vez con mi caja al joyero.

— ¿Quiere Vd. comprarme esta miniatura? le dije.

— Sí señor, pero no daré mucho por ella.

— Sea lo que quiera, me hallo en una necesidad urgente.

— ¿Y porqué no vende Vd. los diamantes?

— ¿Qué diamantes?

— Estos que guarnecen la caja.

— ¿Cómo! ¿Qué dice Vd.? Son piedras falsas que Vd. mismo me ha puesto.

— No señor, son diamantes, y del mismo valor que los otros.

Volví á casa del pintor, pero ya habia entregado las cincuenta cajas, y el rey las habia distribuido entre las personas á quienes quiso honrar con tal regalo. Pero ¡ay! entre esas personas tan satisfechas con poseer una prenda del aprecio del monarca, hay alguna que ignora posee una caja guarnecida de piedras falsas. Lo siento mucho, pero hasta hoy no me ha sido dado reparar ese error.

Otra anécdota relativa á diamantes, pero de fecha mas reciente.

Cuenta un periódico de la semana que entre los extranjeros de nota que han venido este verano á Paris, ha figurado un lord inglés que se ha hecho célebre entre la gente de bastidores.

Habiendo visto á una actriz de las mas bonitas y estimadas, se quedó tan prendado de su talento que la envió al día siguiente dos brillantes de mucho valor.

Al regalo acompañaba una carta dictada solo por la admiración del que mandaba las piedras preciosas.

La jóven no creyó que podia aceptar aquel presente sin comprometerse, y le devolvió con una contestación afectuosa y agradecida en la cual declaraba ese recelo.

El lord escribió de nuevo haciendo nuevas protestas de su sinceridad; pero la actriz se quedó deslumbrada mas que por

las protestas por cierto reflejo diamantino que despedían los renglones del billete.

La explicación de este curioso fenómeno es muy sencilla; el lord habia reducido á polvo los brillantes, y con esos polvos chispeantes habia regado su carta.

MARIANO URRABIETA.

Dos héroes.

En una noche sombría
Riñendo en cierta calleja
Diz que estaba Juan Pareja
Con su contrario Marfil.

Angaluces bravucones
De guapos ambos la echaban,
Y ambos así se expresaban
Con denuedo varonil.

— Te he de pintar un jabeque
Por querer á Carmensiya.

— Te he de matar. — Esa es griya.

— Tira, cobarde. — ¡Ayá va!

Toma y guérvete por otra.

— Con mi navaja de á folio

No te salva... ni el santolio.

— Si estás temblando, chavá.

— ¿Temblando yo de un difunto?

— ¿Quieres otra? — Si que quiero.

— ¡Pues toma! — Ay Dios! ; que me muero!

¡Que me han matao! ; Favor!

Esto dijo Juan Pareja

Cayendo redondo al suelo;

Marfil huyó de *canguelo*

Diciendo: — ¡Jesus! ; qué horror!

Fué á poco á ver á su Cármen,

Que al verle tan demudado,

Con solícito cuidado

Quiso la causa saber,

Y él calándose el sombrero,

Mirando inquieto, la dijo:

— No sé qué he jecho; de fiyo,

Pronto me van á prender.

Mas ya pueden prepararse

Batayones, escuadrones,

Ejércitos y legiones

Pá poerme sujetá.

— Pero ¿qué has hecho? — He dejao,

Con lo mucho que he jerio,

Un lago de sangre, un rio

Que corre por la ciudad.

Calló Marfil, y al instante

Se escuchó una careajada,

Que dejó su sangre helada

Y temblando lo dejó;

Y su adversario Pareja

Con acento enronquecido

Exclama entrando atrevido:

— ¿Porqué mientes? di, chavó.

Los dos debemos cayá

Pues no tuvimos denuedo;

Yo al suelo caí... de mieo;

Y tú echaste á volá

De susto; caya y no chistes;

Deja esa cháchara eterna,

Y vamos á la taberna

La palabra á remojá.

Esto Pareja le dijo,

Y Marfil le abrió los brazos

Diciendo: — ¡Me hago peazos!

¡Que viva mi amigo Juan!

Y cual dos héroes invictos

Que han ganado una victoria,

Fueron en pos de la gloria...

De un vaso de *mostagan*.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

El altar mayor

DE LA IGLESIA DE BRISACH EL VIEJO.

Brisach el Viejo, pueblo badense situado en un peñon pintoresco bañado por el Rhin, posee una de esas obras maestras de arte y de paciencia que sorprenden tanto por la grandeza de las proporciones como por lo acabado de los detalles; es el retablo de madera del al-

ar mayor de la iglesia de San Gervasio y San Protasio, que representa la Asuncion de la Virgen.

Una visita reciente á esa poblacion llena de antiguos recuerdos, me ha proporcionado la ocasion de trazar un dibujo de esa hermosa obra. Monumento muy poco conocido y muy digno de serlo, tiene el sello poderoso de originalidad que distinguia al arte aleman del siglo XVI, época en que se acabaron las tradiciones góticas y llegó el genio del renacimiento. Ese período de transicion se ve claramente marcado en el trabajo del escultor que mi dibujo reproduce con todos sus detalles.

Aunque el monumento tiene la fecha de 1526 y las iniciales H. L., se está todavía en las conjeturas relativamente al nombre del artista. Los archivos de Brisach no contienen ningun documento que pueda aclarar la cuestion. Bajo la dominacion francesa, los títulos mas importantes atravesaron el Rin, y los restantes fueron presa de las llamas en el bombardeo de 1793. Hay que atenerse pues á las vagas inducciones que pueden sacarse del monograma H. L., grabado en un salterio que sostiene uno de los muchos angelitos acompañantes de la Santisima Virgen. Heller, en su historia de la escultura de madera, emite la opinion de que esas letras son las iniciales de Hans Lieftrink, que tuvo cierta reputacion como escultor. Por uno de esos caprichos tan frecuentes en los artistas de la edad media, el nombre del verdadero autor es un enigma, y al clasificar su obra la arqueologia entre las producciones notables del arte, no hace otra cosa mas que rendir un homenaje impersonal al talento de un artista desconocido.

El retablo ocupa toda la anchura y la altura del coro, y se halla dividido en cinco partes. La composicion del centro representa la asuncion de la Virgen y su coronacion por Dios Padre y Dios Hijo. En los anchos pliegues de los ropajes se ven una porcion de angelitos jugando. Llamaremos la atencion sobre la forma de las coronas que parecen tiaras papales; esta forma particular de la época se encuentra en un grabado de Alberto Durero representando el Padre Eterno.

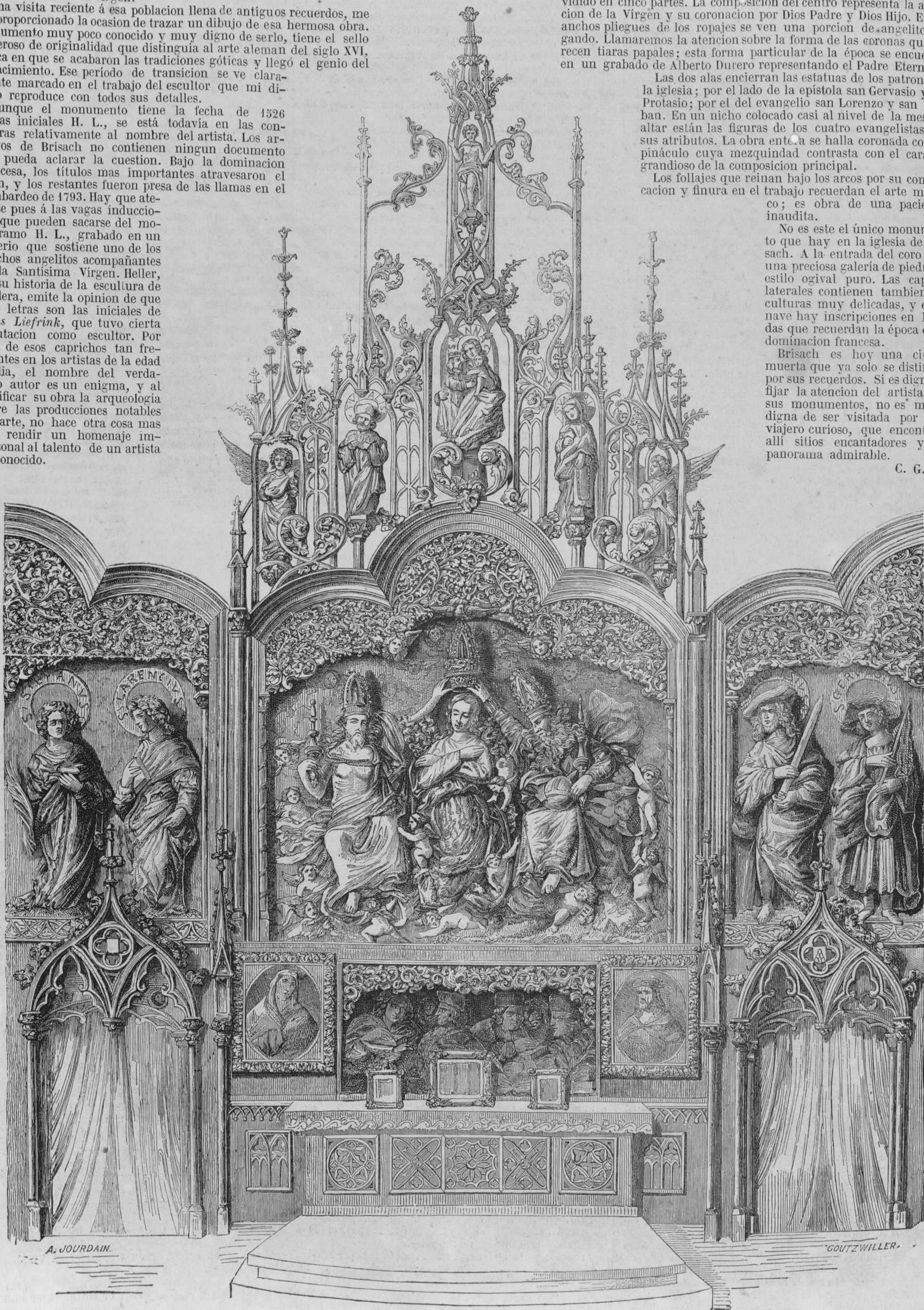
Las dos alas encierran las estatuas de los patronos de la iglesia; por el lado de la epístola san Gervasio y san Protasio; por el del evangelio san Lorenzo y san Esteban. En un nicho colocado casi al nivel de la mesa de altar están las figuras de los cuatro evangelistas con sus atributos. La obra entera se halla coronada con un pináculo cuya mezquindad contrasta con el carácter grandioso de la composicion principal.

Los follajes que reinan bajo los arcos por su complicacion y finura en el trabajo recuerdan el arte morisco; es obra de una paciencia inaudita.

No es este el único monumento que hay en la iglesia de Brisach. A la entrada del coro hay una preciosa galería de piedra de estilo ogival puro. Las capillas laterales contienen tambien esculturas muy delicadas, y en la nave hay inscripciones en lápidas que recuerdan la época de la dominacion francesa.

Brisach es hoy una ciudad muerta que ya solo se distingue por sus recuerdos. Si es digna de fijar la atencion del artista por sus monumentos, no es menos digna de ser visitada por todo viajero curioso, que encontrará allí sitios encantadores y un panorama admirable.

C. G.



EL ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE BRISACH, EL VIEJO.

DE ROTTERDAN A COLONIA.

136 LEGUAS EN PODÓSCAFOS POR EL RHIN.

Los podóscafos (*watershoco*) son como unas arrastraderas huecas (de abeto, de hierro ó de cobre) de catorce piés y medio de largo y de nueve pulgadas de altura. En medio de la parte superior de cada una de ellas, hay tres pequeñas lantitas, para que no se escurra el viajero. Por medio de una vara de doce piés, que remata á cada punta en una paleta, se hace avanzar la embarcacion.

Lo mas cansado en este ejercicio es que el viajero debe ir siempre de pié. La ventaja de los podóscafos consiste principalmente en la facilidad con que se dirigen, pues pueden evitarse todos los obstáculos que se presentan cuando no hay mas de seis pulgadas de agua. Todas las aguas, navegables ó no, son accesibles á los podóscafos; cuando se llega á un punto que ninguna embarcacion puede atravesar, se toman los podóscafos bajo el brazo y se hace á pié la travesía.

Las diferentes sociedades de regatas holandesas organizan carreras en podóscafos con premios para los remadores. M. O... de Rotterdam, que se ha llevado el primer premio en cuatro regatas consecutivas, es muy conocido por su afición á los podóscafos. En sus dias de ocio, M. O... daba paseos en podóscafos que podian considerarse como viajes.

Una vez apostó á llegar de Rotterdam á Colonia en podóscafos, subiendo el Rhin en el espacio de siete dias. Como abundaban los incrédulos, se cruzaron apuestas de importancia. La distancia de Rotterdam á Colonia es de cincuenta y cuatro leguas en línea directa; pero por agua es de noventa y seis leguas, á causa de los rodeos.



VIAJE EN PODÓSCAFO DE ROTTERDAN Á COLONIA, EFECTUADO EN 136 HORAS.

A esta larga distancia hay que añadir unas cincuenta leguas mas, porque es preciso buscar las corrientes menos impetuosas, de modo que M. O... contaba hacer en su travesía unas ciento treinta y seis leguas.

No obstante, emprendió el viaje: salió de Rotterdam el lunes 16 de agosto á las seis y treinta y cinco minu-

ta relevándose así de pueblo en pueblo.

Aunque muy agradecido á estas muestras de admiracion, M. O... habria preferido que le dejaran solo; pues las muchas preguntas que le dirigian y á las cuales no podia menos de responder, le cansaban mas que su viaje. Para el que se entrega al ejercicio violento de

tos de la mañana, y á pesar de los vientos contrarios que soplaban continuamente, llegó á Colonia el domingo 22 de agosto á las nueve y media de la noche, nueve horas antes de la época fijada.

Algunas averías sufrió en su viaje; el segundo dia pensaba ya en volverse, y solo á fuerza de energia logró vencer su cansancio.

De dia y de noche M. O... continuó su peregrinacion, descansando solo cuando no podia pasar por otro punto. Durante los seis dias y diez y seis horas que duró su viaje, nuestro hombre apenas se tomó veinte horas de sueño.

Recorrió la distancia entre Ruhrort y Colonia (28 leguas) de una vez, deteniéndose algun tiempo en Dusseldorf para tomar un bocado.

La velocidad de los podóscafos en aguas serenas es de dos leguas por hora; pero el viento y la corriente modificaron su velocidad en este viaje; á veces solo andaba un cuarto de legua ó media legua. En todo el trayecto pasó de cinco cuartos de hora por legua.

La acogida que M. O... recibió desde Arnheim hasta Colonia en todos los sitios donde se detuvo fué entusiasta. Los periódicos anunciaban su aproximacion, y apenas aparecia á los ojos atónitos de los aldeanos del Rhin, cuando estos tomaban embarcaciones y le daban escol-



EMBELLECIMIENTOS DEL BOSQUE DE VINCENNES. — LA CASA RÚSTICA DE LOS MINIMOS, VISTA POR LA CASCADA.

H. PEYRONNET

los podóscafos, hablar es un suplicio. En todos los lugares donde se detenía M. O..., pedía á las autoridades un certificado de que habia llegado en podóscafos; estas certificaciones forman una bonita coleccion que M. O... tiene á la disposicion de los incrédulos.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion).

Como Rebeca habia ingresado en la familia, comenzó á ser objeto tambien de las averiguaciones minuciosas de mistress Bute. Andaba en busca de la verdad con un valor incansable; iba á Chiswick-Mall y anunciaba á su antigua amiga Pinkerton la noticia increíble de la seducción del capitán Rawdon por miss Sharp, y obtenía de ella todos los informes posibles sobre el nacimiento de la ex-institutriz y la historia de sus primeros años. Miss Pinkerton tenia mucho que decir acerca del asunto.

Tambien se hallaron cartas de la infancia de Rebeca pidiendo socorros para su padre á esas buenas señoras.

De casa de miss Pinkerton la incansable mistress Bute siguió las huellas de Sharp y de su hija en las guardillas de Græk-Street, ocupadas por el pintor hasta el día de su muerte. Mistress Stokes era una persona comunicativa; contó sin hacerse de rogar todo lo que sabia de M. Sharp, de su vida licenciosa y de su miseria.

Todas estas averiguaciones servian para instruir á miss Crawley. La decian que Rebeca era hija de una bailarina; que habia servido de modelo á los pintores; que habia sido educada para que llegara á ser una hija digna de su madre; que bebia con su padre, y en fin, que era una mujer perdida que se habia casado con un hombre no menos perdido que ella. Y todo esto venia á parar en que una persona respetable no podia consentir en ver á tales gentes.

Mistress Bute, á pesar de los consejos del boticario que ordenaba paseos y distracciones, se empeñaba en tener encerrada á la enferma; y en tanto que se esforzaba por inspirarla la aversion contra su sobrino rebelde, miss Crawley sentia por el contrario, que nacia en su corazon un odio profundo, un terror secreto por su verdugo, y solo aspiraba á salir de sus manos.

Al cabo de algun tiempo levantó la bandera de la insurreccion diciendo que queria ir al parque; mistress Bute temia encontrar allí al abominable Rawdon, y no se engañaba. Un día vió aparecer en el horizonte el faeton de Rawdon, donde Rebeca iba al lado de su marido. En el coche enemigo miss Crawley ocupaba su puesto ordinario, y mistress Bute estaba á su izquierda.

El momento crítico habia llegado. El corazon de Rebeca latió fuertemente cuando reconoció el coche; los dos carruajes se adelantaban uno hácia otro, y Rebeca dirigió á miss Crawley una mirada impregnada de ternura y de cariño. Rawdon temblaba; pero el sombrero de miss Crawley se volvió al otro lado.

Los coches seguian sus caminos respectivos.

— Algo hemos hecho, dijo Rawdon á su mujer.

— Pasemos otra vez, respondió Rebeca; y si es preciso, amigo mio, haced que se enreden los coches.

Rawdon no tuvo valor para ejecutar esta maniobra. Cuando se encontraron de nuevo los coches se puso en pié en su faeton y se llevó la mano al sombrero disponiéndose á saludar. Esta vez el rostro de miss Crawley no se volvió; ella y mistress Bute arrojaron al sobrino una mirada inexorable. El infeliz volvió á caer en su asiento desesperado, y entró furioso en su casa.

El triunfo fué tan brillante como decisivo para mistress Bute; pero comprendió muy bien el peligro que habria en exponerse á nuevos encuentros, viendo la excitacion nerviosa en que se hallaba su amiga. Logró vencerla de que convenia á su salud dejar la ciudad por algun tiempo, y la recomendó eficazmente una residencia en Brighthon.

XX.

EL CAPITAN DOBBIN NEGOCIADOR DE MATRIMONIO.

Sin saber cómo el capitán Dobbin se encontró ministro plenipotenciario para la conclusion del matrimonio de Jorge Osborne con Amelia. Sin él esta union jamás se habria realizado; una amarga sonrisa asomaba á sus labios al pensar que la suerte le habia designado para que se encargara de esa mision, tarea la mas penosa de todas cuantas habrian podido imponerle. Pero el capitán Dobbin siempre que se hallaba en presencia de un deber marchaba á su cumplimiento en derecho. Teniendo pues en la idea que si Amelia no se casaba con Jorge se moriría de dolor, resolvió hacerlo todo para conservar una existencia tan preciosa.

No entraremos en detalles minuciosos acerca de la entrevista de Jorge y Amelia, cuando el joven capitán cayó á los piés de su novia, gracias á la intervencion del honrado William. Un corazon mas duro que el de Jorge no habria podido resistir á la vista de aquella suave figura tan dolorosamente destrozada por la pena y la desesperacion, á los acentos tiernos y sencillos con que ella le trazaba la historia de sus dolores. ¡Cuántas y cuán dulces lágrimas derramó con la cabeza apoyada en el

hombro de su amante! Por eso la anciana mistress Sedley, conmovida con la escena, quiso asegurar á los jóvenes las delicias y el misterio de una entrevista secreta. Dejó á su hija que cubria las manos de Jorge de lágrimas y de besos, como las de su amo y señor; y parecia reclamar su indulgencia y su perdon como si fuera culpable de crímenes que la hubieran hecho indigna de sus bondades.

Tan tierna y humilde sumision penetraba á Jorge de una emocion dulce y lisonjera. Encontraba una esclava prosternada y obediente en aquella sencilla y fiel criatura, y el sentimiento de su omnipotencia hacia que su alma se estremeciera agradablemente. Así es que la tranquilizó, la consoló y la perdonó como ella deseaba.

En cuanto á ella, sus esperanzas y sus pensamientos que se habian marchitado á la sombra en la ausencia de su sol, volvieron á encontrar su frescura y su savia, gracias al regreso del astro poderoso; aquella fisonomía tan pálida, tan triste, tan indiferente, se puso radiante; la criada irlandesa se regocijaba altamente con el cambio, y pedía licencia para besar aquel rostro que habia recobrado súbitamente sus rosas juveniles.

Amelia rodeaba con sus brazos el cuello de la muchacha y la besaba de todo corazon como habria hecho con una criatura. Aquella noche disfrutó de un sueño sereno y bienhechor; una alegría inefable resplandecía en sus facciones cuando se despertó á los rayos de la aurora.

— Hoy tambien le veré, se decía Amelia; es el mas noble y generoso de todos los hombres.

El hecho es que Jorge se tenia por el mas generoso de la tierra, y pensaba hacer un gran sacrificio casándose con Amelia.

En tanto que la joven conversaba en la sala alta con Osborne, la anciana mistress Sedley y el capitán Dobbin hablaban en otro cuarto sobre la situacion de los jóvenes amantes. Mistress Sedley que conocia á su marido, conocia tambien que ningun poder humano podia hacerle consentir en el matrimonio de su hija con el hijo del hombre que la habia tratado de un modo tan insultante.

Hizo á Dobbin una historia detenida del pasado cuando el padre de Jorge llevaba una vida mas que modesta en New-Road, y su mujer se extasiaba al recibir los juguetes que José ya no queria. La ingratitude diabólica de Osborne, decía ella, habia hecho una herida profunda en el corazon de M. Sedley, y nunca permitiría su boda.

— Entonces se hará por medio de un rapto, exclamó Dobbin riendo, como la del capitán Rawdon con la institutriz amiga de miss Amelia.

Mistress Sedley se quedó atónita con la noticia.

Dobbin lo que temia era la negativa del padre de Jorge, pues sabia cuánta era su obstinacion en sus resoluciones.

— El único medio que tiene el capitán Osborne para salir de apuros, decía el capitán, es distinguirse en la campaña próxima. Si perece, la muerte no tardará en reunir esas dos almas; y si se distingue, como le toca algun dinero por parte de su madre, segun tengo entendido, podrá comprar un grado de mayor ó deshacerse del de capitán, y marchar á ocuparse en el desmonte del Canadá, ó entregarse á la agricultura en una aldea.

Con una mujer como Amelia Sedley el capitán Dobbin pensaba que se habrian podido desafiar las nieves de la Siberia. Bajo este concepto, pensó que era bueno apresurar la boda. Pero en realidad ¿descaba él su conclusion?...

Dobbin hasta consentia en arrostrar la cólera de los dos padres. En todo caso pedía á Jorge que se casara antes de recibir la orden que esperaba de día en día, y que debía obligar al regimiento á salir de Inglaterra para pelear en el continente.

Consagrado á estos proyectos matrimoniales con la aprobacion de mistress Sedley, que no tenia ningun deseo de tratar directamente este asunto con su marido, marchó á ver á John Sedley á su casa donde se le hallaba en la Cité, en el café Tapioca. Allí el pobre anciano arruinado iba todos los dias á escribir y recibir su correspondencia, reuniendo sus cartas en legajos misteriosos que se metia en los bolsillos. Nada mas triste que ese misterio, esos cuidados, esos pasos ocultos á que se ve reducido un hombre arruinado; esas cartas que presenta á vuestros ojos donde se lee la firma de algun richachon conocido; esos papeles sucios y desgarrados que encierran promesas de socorros y palabras de consuelo, frágil esperanza en que se funda la conquista de una fortuna nueva.

Dobbin encontró en medio de esas ilusiones de la miseria al hombre que habia conocido alegre y opulento. El infeliz tenia las facciones descoloridas y macilentas, y los vestidos bien usados. En sus buenos tiempos nadie hablaba mas alto ni reia mas que él en la fonda; todos los mozos le rodeaban. Dobbin le habia visto entonces, y ahora experimentaba un gran pesar al ver su humilde y triste figura en el café Tapioca. Un mozo viejo con zapatos de aguador tenia el oficio de llevar á los parroquianos de aquel lugar tñebre obleas en un vaso, tinta en una copa y pedacillos de papel, que parece era lo único que se allí se tomaba.

Al distinguir á William Dobbin, el viejo Sedley le tendió la mano con aire humilde é incierto; una tristeza amarga se apoderó del capitán, y se encontró afectado con la acogida y las palabras del infeliz anciano, como si él tuviera la culpa de su desgracia.

— Me alegró mucho veros, capitán Dobbin, le dijo fijando en él una mirada triste.

El aire militar del capitán y su rostro fresco hicieron brillar de curiosidad los ojos del mozo, y sacaron de su

letargo á la dama entrada en años que roncaba en el mostrador en medio de sus tazas melladas.

— ¿Cómo están el digno alderman y milady vuestra excelente madre?

Sedley arrojaba una mirada al mozo cuando pronunciaba esta palabra milady, como si hubiera querido decir:

— Ya veis que aun tengo amigos, y entre las personas de rango y distincion.

— ¿Teneis que pedirme alguna cosa? preguntó á Dobbin; mis jóvenes amigos, Dale y Spiggot, dirigen en el día mis asuntos hasta que me instale en mi nuevo escritorio, aquí estoy provisionalmente, ya lo sabeis, capitán. ¿Quereis tomar algo?

Dobbin vacilando respondió que no tenia ni hambre ni sed, que no venia á tratar de negocios, sino á estrechar la mano á un antiguo amigo. Y luego añadió mintiendo como un bellaco:

— Mi madre está un poco indispueta... y espera que haga bueno para salir y visitar á mistress Sedley.

Se detuvo reflexionando en el exceso de su hipocresía. El tiempo estaba hermosísimo; jamás el sol habia derramado tanta luz en Coffin Court donde se halla situado el café Tapioca.

— Mi mujer se pondrá muy contenta con tal visita, dijo Sedley sacando unos papeles de su bolsillo. Vuestro padre me ha escrito una carta excelente, y os encargo que le deis de mi parte las gracias mas respetuosas.

El anciano miraba por todos lados mientras hablaba con aire distraido.

— ¿Quién habia de creer, exclamó impetuosamente, que podia ocurrir la evasion de la isla de Elba? A esa evasion debo yo el estar aquí; mirad estos papeles... aquí teneis la cotizacion de los fondos del 1º de marzo, cuando compré títulos del cinco por mi cuenta... comparad con el precio de hoy... ¿Qué ha sido del comisario inglés que dejó escapar á Bonaparte?... Debieron cogerle y fusilarle.

— No tardaremos en vencer á Bonaparte, dijo Dobbin un tanto alarmado con los furiosos del anciano al ver que las venas de su frente se inyectaban de sangre y que daba golpes y mas golpes sobre sus papeles. Sí, vamos á combatir contra él; el duque está ya en Bélgica, y nosotros esperamos de día en día la orden de marcha.

— ¡No hay que darle cuartel!... ¡qué mueras!... aullaba Sedley. Yo tenia compromisos... en fin, estoy arruinado por él y por otros tunantes que me deben su fortuna y que hoy van en coche...

Dobbin estaba muy conmovido al ver á Sedley extrañado por la desgracia encolerizándose inútilmente.

— Sí, son víboras que uno cria en su seno; descamisados que uno pone en coche para que luego le aplasten. Ya sabeis de quién hablo, de Osborne, tan orgulloso con su riqueza, cuando le he conocido yo sin un ehelin. No deseo mas que una cosa, y es volverle á ver en la miseria en que estaba cuando nos hicimos amigos.

— Jorge me ha hablado algo de esto, dijo Dobbin impaciente por llegar á sus fines. Mucha pena le ha causado, y vengo á traer os un mensaje de su parte.

— ¿Y sin duda es ese el objeto de vuestra visita? exclamó Sedley dando un brinco en su asiento. Me envia el pésame, ¿no es verdad? ¡Qué bondad la suya! Si mi hijo tuviera el valor de un hombre, ya le habria dado un balazo; tan tuno es él como su padre, no quiero que se pronuncie su nombre en mi presencia; he maldecido el día en que le abrí mi casa, y con mas gusto que casada con él vería á mi hija muerta.

— No se debe culpar á Jorge de los malos procedimientos de su padre. El amor que vuestra hija le tiene es tambien obra vuestra; ¿habeis despertado el cariño en ambos jóvenes para sofocarle despues á vuestro antojo?

— Habeis de tener entendido, exclamó el viejo Sedley, que no es el padre de Jorge quien rompe ese matrimonio, sino que soy yo que le prohibo. Hay una barrera eterna entre esa familia y la mía. He caido mucho, pero no tanto todavía. No, no; podeis repetirselo á todos, padre, hijo, hermanas, etc.

— Pues yo pienso, respondió Dobbin en voz baja, que no teneis ni poder ni derecho para separar esos dos corazonas, y que si no dais vuestro consentimiento á vuestra hija, ella hará bien en pasar adelante. Si teneis la cabeza trastornada, no es una razon para que ella muera ó para que lleve una vida desgraciada. Por mi parte creo que se encuentra tan casada como si se hubiesen corrido las amonestaciones en las iglesias de Lóndres. ¿Y qué otra respuesta mejor á todos los ataques de Osborne que mostrar á su hijo entrando en vuestra familia por su casamiento con Amelia.

Un relámpago de satisfaccion brilló en la frente del viejo Sedley á esta última observacion, pero siguió declarando que jamás daría su consentimiento para semejante boda.

— Entonces se prescindirá de él, dijo Dobbin sonriendo.

Y contó á Sedley la historia del rapto de Rebeca por el capitán Crawley.

El anciano se divirtió mucho con los pormenores del suceso.

Su rostro tomaba al mismo tiempo una expresion risueña con gran asombro del mozo que jamás habia visto cosa igual en las facciones de Sedley desde que frecuentaba el café Tapioca.

La idea de burlarse así de su enemigo tenia un atractivo poderoso para el anciano. Así es que Dobbin y Sedley se separaron muy amigos.

— Mis hermanas dicen que tiene diamantes tan gruesos...

esos como huevos de paloma, decía Jorge riendo, deben sentarla bien; con sus diamantes al cuello debe parecer una iluminación pública. Sus cabellos negros son tan lanudos como los de Sambo. Quizá se pondría un anillo en la nariz el día de su presentación en la corte. Con un penacho de plumas en el rodete, daría un hermoso espectáculo.

Así se burlaba Jorge hablando solo con Amelia, del exterior de una joven señorita que acababan de conocer su padre y sus hermanas, y que era en Russell Square objeto de los homenajes de toda la familia.

La voz pública la atribuía y no sé cuántas haciendas en las Indias Occidentales, mucho dinero empleado en fondos públicos, y una buena parte en las acciones de la Compañía de las Indias. Hacía poco que había salido del colegio, y Jorge y sus hermanas la habían visto en un baile, en casa del viejo Hulker; Hulker, Bullock y compañía eran hacia tiempo los corresponsales de la casa.

Las señoritas Osborne la habían prodigado todas las atenciones posibles, y la heredera había correspondido á ellas con el mayor descuido. No hablaban mas que de su nueva amiga cuando volvieron del baile, y al día siguiente su coche las llevó á su casa.

Rhoda tenía todas las cualidades apetecibles, franqueza, bondad y amabilidad; aun no se hallaba bien al corriente de los usos sociales, pero ¡poseía un carácter tan bueno!... Desde la primera entrevista se trataron con ella familiarmente.

— Habría deseado que viérais su vestido de corte, Amelia, decía Jorge riendo á carcajadas; se le ha ido á enseñar á mis hermanas antes de su presentación por milady Brinkie. Sus diamantes brillaban como el alumbrado del Vauxhall aquella noche que fuimos juntos. ¡Diamantes y caoba, amiga mía! ¡Qué contraste!... Y plumas blancas en el pelo, es decir, en el vellón... Sus pendientes parecían arañas, y para complemento de sus atavíos, llevaba un vestido de cola de color de canario que arrastraba detrás de ella como la cabellera luminosa de un cometa.

— ¿Qué edad tiene? preguntó Amelia cuando Jorge concluyó este discurso sobre la señorita de ébano.

— Esa reina de Congo, aunque acaba de salir del colegio, debe tener veinte y dos ó veinte y tres años. Quisiera que viérais su ortografía. La coronela Haggistoun escribe sus cartas por lo regular, pero su ternura hacía mis hermanas la ha hecho tomar la pluma. ¡Qué cosas tan divinas ha escrito!

— No puede ser otra que miss Swartz, la colegiala, dijo Amelia recordando la buena y sensible mulata, que tuvo un ataque de nervios el día que Amelia salió de la casa de miss Pinkerton.

— Ese nombre es, dijo Jorge; su padre era un judío alemán, que dicen hacia el tráfico de negros; murió el año pasado, y miss Pinkerton se encargó de la educación de su hija; toca dos piezas en el piano y canta dos romanzas. Jane y María la quieren entrañablemente.

— ¿Porqué no me han querido á mí así? exclamó la joven con tristeza; siempre han estado frías conmigo.

— Alma mía, os habrían amado si hubiérais tenido doscientas mil libras, repuso Jorge; así lo quiere la educación que han recibido. En nuestra sociedad no se conoce otra cosa que el dinero. Vivimos en medio de los ricachos de la Cité, y cada uno de ellos al hablarlos, experimenta la necesidad de hacer resonar sus guineas en su bolsillo. Vaya al diablo ese resaca de avaros; yo me duermo siempre en sus comidas de etiqueta, y me sonrojo en las fiestas ridículas que da mi padre. Yo acostumbro á vivir con gente noble, con hombres de mundo, y no con esos comerciantes groseros. Amelia, sois la única persona de nuestra clase que tenga el aire, los pensamientos y el lenguaje de una señora noble. Es porque sois un ángel... Miss Crawley, que ha frecuentado las mejores sociedades de Europa, notó al punto vuestro aire distinguido... Pues, ¿y Rawdon Crawley?... Ese me gusta, se ha casado con la mujer que amaba.

Amelia admiraba mucho á Crawley por su hazaña, quizá le admiraba demasiado. Rebeca no podía menos de ser dichosa con él, y decía riendo que José acabaría por buscar por otra parte.

De este modo los dos enamorados habían vuelto á las expansiones de los primeros días. Amelia había recobrado toda su confianza, aunque aseguraba que estaba muy celosa de miss Swartz, y la hipócrita manifestaba un gran terror de verse olvidada por Jorge en favor de la heredera de San-Kitts con sus inmensas riquezas y vastos dominios. Pero en realidad era demasiado feliz para sentir ni temores ni dudas; veía á Jorge á su lado; ninguna heredera, ninguna mujer en el mundo podría darle celos.

Cuando el capitán volvió por la tarde á dar cuenta de sus negociaciones, respiró con alegría al ver que Amelia había recobrado la frescura de la juventud, al oírle reír y cantar al piano sus antiguas romanzas. Es verdad que todo esto concluyó cuando llamaron á la puerta: era M. Sedley y Jorge debió tocar retirada.

Después de haberle dirigido una sonrisa á su llegada, Amelia no se volvió á acordar de que estaba allí Dobbin. El capitán gozoso con la felicidad de Amelia se olvidaba de sí mismo.

XXI.

UNA HEREDERA EN CAMPAÑA.

Los méritos incontestables que poseía miss Swartz

podían inspirar seguramente una pasión violenta, y el viejo Osborne se formaba ya mil ilusiones ambiciosas. Se mostraba muy contento con las pruebas de afecto que daban sus hijas á su nueva amiga, y declaraba á miss Rhoda que tenía un gran gozo en recibirla y en obsequiarla.

¿Porqué poner en duda la veracidad del viejo Osborne y la sinceridad de sus hijas en sus protestas de ternura por miss Swartz? ¡Cuántas personas no hay en el mundo que saben salir así al encuentro á las talegas y las saludan en lontananza! Sus simpatías mas tiernas están siempre prontas para aquellos que han tenido la gracia de reunir mucho dinero, y que justifican la amistad que les conceden por su categoría en la sociedad.

— ¡Qué buen partido sería para Jorge! decían sus hermanas; algo mas le valdria que esa tonta de Amelia.

Un guapo mozo como él, con su aire, su grado y sus buenas prendas era el marido que necesitaba la rica heredera.

Las señoritas Osborne no hablaban mas que de bailes y de diversiones; ni trataban mas que de Jorge y de sus brillantes conocimientos cuando estaban con su amiga.

El viejo Osborne, por su parte, veía ahí para su hijo una ocasión excelente.

Jorge dejaría el ejército por el parlamento, y ocuparía su puesto en los salones y en la política. La sangre del anciano hervía en sus venas cuando pensaba que el nombre de los Osborne podría ser ennoblecido en la persona de su hijo, y ya se consideraba como arranque de una gloriosa serie de barones.

Así pues, en tanto que el inconstante Jorge volvía á los pies de Amelia bajo la inspiración de su buen genio personificado en el excelente Dobbin, su padre y sus hermanas le preparaban un soberbio matrimonio.

Cuando el viejo Osborne manifestaba lo que él llamaba sus intenciones, se expresaba con una claridad extraordinaria. Cuando de un puntapié arrojaba á un criado por la escalera, le demostraba sus intenciones de que saliera de su casa. Con su tacto ordinario dijo á mistress Haggistoun que la firmaría un pagaré de diez mil libras que sería satisfecho el día en que su hijo se casara con su pupila; esto decía él que era demostrar sus intenciones, y creyó que había obrado con una diplomacia consumada.

También se franqueó con Jorge; le mandó que se casara con la heredera inmediatamente, lo mismo que si hubiera mandado al mayordomo que destapara una botella de Jerez.

Este mandato del género imperativo agradó muy poco á Jorge. Hallábase á la sazón en el primer entusiasmo, en el primer fuego de su reconciliación con Amelia, y jamás sus cadenas le habían parecido tan dulces. La comparación de Amelia con miss Swartz daba á su enlace con la última un color doblemente burlesco y odioso.

— ¡Me verán en la Opera con mi mujer de color de caoba!... No quiero, se decía.

Debemos advertir que el joven Osborne era tan obstinado como el viejo. Cuando tomaba una resolución, nada podía vencerle.

La primera vez que su padre le notificó que debía hacer la corte á miss Swartz, Jorge le contestó diciendo:

— Padre mío, habríais debido pensar antes en eso, que es imposible ahora, porque de un momento á otro vamos á recibir la orden de marcha.

Pero el padre quería impedir que algun monigote aristocrático se cargara con el santo y la limosna, y por medida de precaución se podían celebrar los desposorios dejando la boda para el día que regresara Jorge.

— ¿Quereis pues que pase por un cobarde, repuso Jorge, y que nuestro nombre quede deshonrado por amor al dinero de miss Swartz?

Esta objeción sembró la incertidumbre en el ánimo del anciano; pero dominado por su obstinación natural, respondió:

— Mañana comereis aquí y cuantas veces venga miss Swartz á fin de que la hagais la corte. Si necesitais dinero, pasad á casa de M. Chopper.

Un nuevo obstáculo se elevaba pues, entre los proyectos de Jorge y de Amelia.

El novio y su amigo Dobbin trataron á menudo de este asunto. Ya conocemos la opinión de Dobbin; en cuanto á Jorge, una vez decidido, no le arredraba ninguna cosa.

La negra permanecía enteramente extraña á esta conspiración tramada entre los principales miembros de la familia Osborne. Mas aun; su tutora y amiga nada la había indicado aun, y la heredera de San-Kitts tomaba por muy sinceras las lisonjas de sus nuevas amigas. Gracias á su naturaleza impetuosa y ardiente, correspondía á estas demostraciones con un ardor tropical. Y luego, preciso es confesarlo, aquellas visitas la agradaban; encontraba en ellas un arrogante mozo que era Jorge. Los bigotes del joven capitán la habían causado una impresión profunda.

Cuantas veces tenía probabilidades de ver á su joven seductor, volaba al lado de sus amigas. Hacía gastos inauditos en vestidos nuevos, en brazaletes y sombreros donde no se economizaban las plumas. En fin, se adornaba que era un portento.

Al día siguiente de haber sabido Jorge las intenciones de su padre, algunos momentos antes de la comida, se hallaba extendido en el sofá del salon en la actitud mas propia de un hombre melancólico.

En virtud de la recomendación de su padre, había ido por la mañana á casa de M. Chopper. El viejo comerciante prodigaba el dinero á Jorge sin consultar otra

cosa que su capricho. Después Jorge había ido á pasar tres horas con Amelia, con su querida Amelia, y al cabo se encontraba con sus hermanas, tan tías en su actitud como sus vestidos de muselina.

(Se continuará.)

Noticias de la China.

El oficial de la marina francesa, autor de los dibujos que publicamos con este artículo, escribe lo siguiente con fecha de Tien-sin 18 de junio:

Nuestra expedición en estos lugares cuenta hasta el día dos fases muy distintas, la fase militar y la diplomática. Conocido es ya el hecho de armas que nos hizo dueños del gran camino fluvial de Pekin. La toma de los siete fuertes que defendían la embocadura del Pei-ho, la destrucción de las embarcaciones que amenazaban nuestras flotas delante de la aldea de Ta-ku, el paso de la barra que se creía un obstáculo insuperable para nuestra entrada en el río, esos triunfos poco áridos ante la posición de los chinos, nos daban bastante superioridad sobre el hijo del cielo para que nuestros plenipotenciarios y nuestros almirantes se detuvieran en tan buena vía.

Tres días después de la victoria se decidió que las cañoneras subirían el Pei-ho hasta la importante ciudad de Tien-sin; pues se sabía que hasta allí las aguas del río ofrecen una profundidad ordinaria de dos brazas.

Dejamos pues los buques mayores en el fondeadero de la rada, nos despedimos de la aldea pintoresca de Ta-ku, y comenzamos á subir lentamente el río imperial.

Como ninguna de las cañoneras aliadas calaba mas de siete pies de agua, la navegación no habría presentado ninguna dificultad para un piloto que conociera bien el canal; pero para nosotros las variaciones del fondo ofrecían peligros que era preciso conjurar con sondeos continuos, y aun así no nos libertamos de ellos enteramente, pues sin hablar de las cañoneras inglesas que zozobraron en la barra del Pei-ho, tuvimos que sacar la *Avalanche* y la *Fusée*, que encallaron en un banco aunque sin sufrir notables averías.

La travesía de Ta-ku á Tien-sin duró tres días; en todo este trayecto no hallamos ninguna resistencia, ni la menor señal de preparativos de guerra. Una hora antes de llegar á Tien-sin, un cuerpo de caballería tártara se mostró en el horizonte haciendo evoluciones que parecían dirigidas contra nuestra flotilla. La cañonera inglesa *Stanneh* lanzó inmediatamente una bomba con tanta precisión, que los caballos y los ginetes espantados á la vez huyeron en todas direcciones.

Delante de la ciudad por el lado del Sur el gran canal imperial desemboca en el Pei-ho; en ese sitio tomaron posición nuestras cañoneras, quedándonos por dueños de la gran arteria que abastece de granos la provincia del Petcheli.

Apenas había anclado nuestra flotilla cuando los mandarines de la ciudad vinieron á poner á disposición de los almirantes una bonita pagoda situada á corta distancia, asegurándonos que en breve llegarían de Pekin negociadores provistos de los poderes competentes para tratar de la paz.

Hasta aquí la carta del corresponsal francés. Efectivamente llegaron los comisarios imperiales y se entablaron las negociaciones que produjeron el resultado mas satisfactorio. Se ha firmado un tratado entre las potencias aliadas, ratificado por el emperador el 3 de julio. «La China está abierta al cristianismo y al comercio de Occidente», dice el baron Gros en el despacho en que anuncia la conclusión del tratado. Publicaremos este documento importante en cuanto llegue á nuestro poder, como hacemos hoy con el que se ha firmado entre la China y los Estados Unidos; pero antes, para que se vea cuál es el espíritu de los chinos relativamente á los occidentales, vamos á trasladar á continuación una correspondencia que publica la *Prensa* de fecha 6 de julio, que le ha sido dirigida de Hong-Kong.

Jamás ha sido tan grave ni tan complicada nuestra situación como después de la última quincena. Por una parte se nos hace entrever como llegado de Pekin el ramo de olivo, precursor de una paz general acompañada de todas sus bendiciones; pero por otra vemos que las poblaciones meridionales de la China han apelado á las pasiones mas violentas, y que recobrando fuerzas en el frenesí de su añojo encono hacia los europeos, nos han envuelto no ya en una guerra de combates regulares, sino en una confusión de emboscadas y de represalias, dignas, cuando menos, de animales feroces y de canibales.

Era general la esperanza de que nuestros triunfos en el Pei-ho llenarian de pavor á todos los chinos y harían cesar toda resistencia; pero ha sucedido precisamente todo lo contrario en la populosa y turbulenta provincia de Canton, que para nosotros es la mas importante del imperio. Los famosos *bravos*, excitados por los pérfidos consejos de los mandarines, han reanimado su valor y emprendido una lucha de exterminio que envuelve á los europeos en una red de asechanzas, sorpresas, ataques nocturnos y estratagemas de toda especie, causando por desgracia numerosas víctimas.

En ninguna parte existe seguridad mas que en medio de las filas de las tropas aliadas; á diez pasos de distancia corre uno inminente riesgo de ser arrebatado por medio de un lazo y de que le corten la cabeza y las manos.

El sábado último cuatro marineros franceses vinieron en un bote del *Catinal* á tierra para comprar provisio-

nes, y apenas entraron en la ciudad, se vieron acometidos cerca de la puerta del Sur por un grupo de bravos emboscados en una enrejada. Tres de estos marineros se abrieron paso bizarramente, pero el cuarto cayó en poder de los bravos que le cortaron al instante la cabeza y las manos.

¿Qué resultó de ello? El comandante de las fuerzas navales dirigió en seguida algunas fuerzas a la calle donde se había perpetrado el crimen, midió una longitud de cien pasos, y todos los hombres adultos que se encontraban en las casas contiguas a este sitio fueron fusilados sin conmiseración en número de cuarenta y seis, dejando expuestos sus cadáveres en la calle, para que sirviera de ejemplar a los transeúntes.

Al siguiente día, el cocinero de los oficiales del 70º inglés volvió a la pagoda donde estaba puesta la mesa; una puñalada en la espalda le dejó exánime, y apenas cayó a tierra su cabeza era llevada a la vista misma de dos cipayos que estaban de centinela a veinte pasos de distancia.

El brigadier Corfield ordenó inmediatamente las represalias. Toda la calle fué arrasada en algunas horas y los hombres encontrados en ella sufrieron la pena del talion. Antes de ayer, el capitán Whiting estaba sentado en la azotea del cuartel, con un cigarro en la mano; se oyeron dos explosiones, y las balas, casi rozándole, fueron a dar en la pared. La humareda reveló que los tiros habían sido disparados de las buhardillas de una casa poco lejana, é inmediatamente rompió el fuego la artillería en la misma dirección, y redujo aquella parte del barrio á escombros.

En este mismo momento se está destruyendo una calle entera de la cual se han visto salir algunos cohetes que han caído en nuestros almacenes, sin que felizmente hayan causado ningun daño. De modo que, por ambas partes se ejecutan represalias á todo trance, y la destrucción no tiene límites.

Una carta del 8 de julio publicada por el mismo periódico da los siguientes pormenores:

«Tenemos aquí algunos heridos venidos de Wampa, donde ha habido una acción bastante reñida, cuyos detalles damos á continuación.

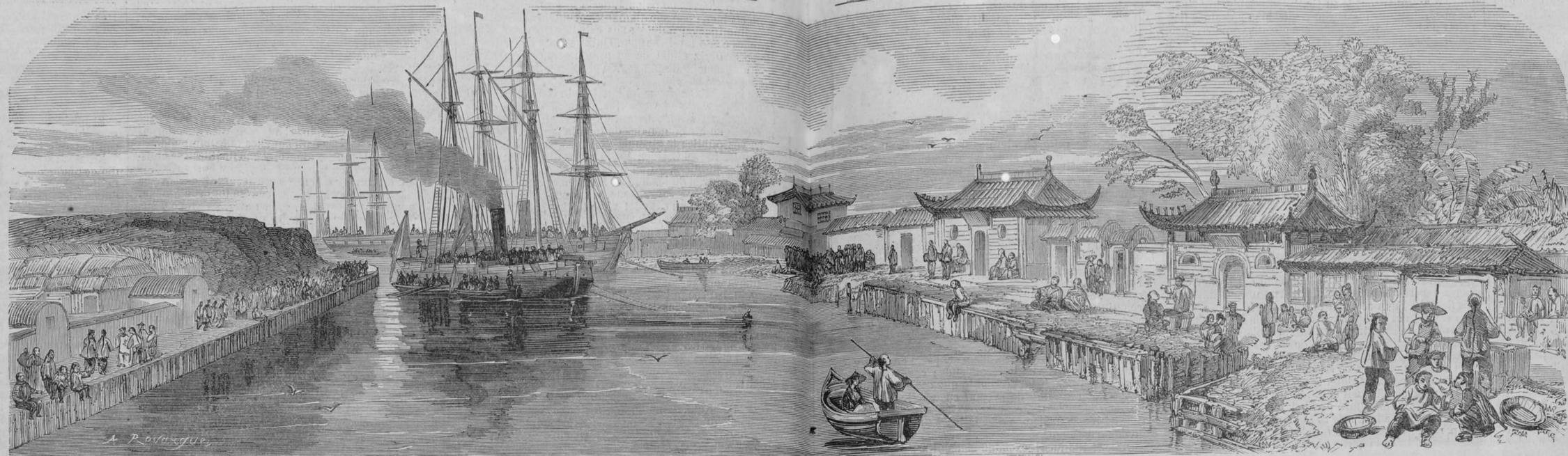
Un negociante inglés, cuyo buque se hallaba anclado cerca de la isla Francesa, advirtió una noche en tierra un gran número de linternas agitándose sobre una eminencia en un espacio bastante circunscrito. Sospechando que pudieran ser los bravos ocupados en formar una batería para atacar el día siguiente la lancha cañonera *Forester* que se hallaba desarmada á corta distancia, el

observador se apresuró á dar aviso al capitán Fenking, del *Acteon*, que estaba fondeado en la extremidad de la isla Dinamarquesa.

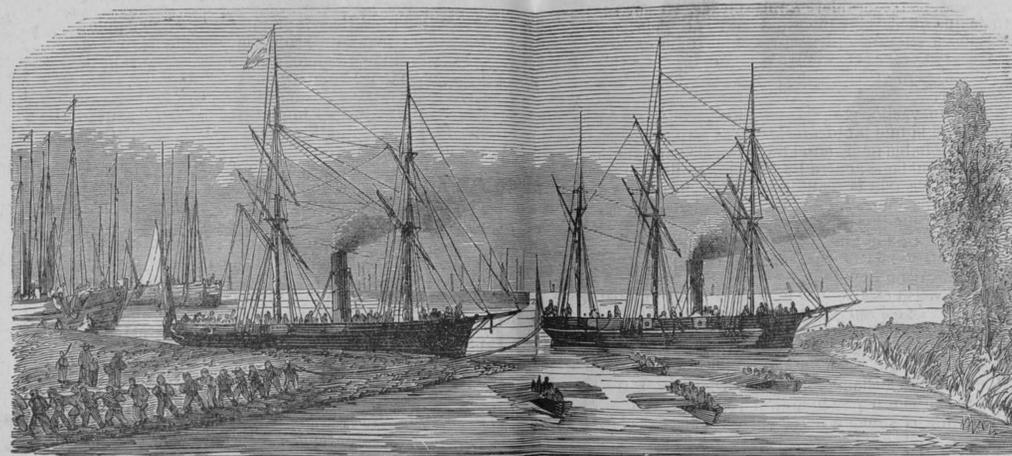
El capitán Fenking envió incontinenti á buscar refuerzo á bordo de la *Tribuna*, y organizó un cuerpo de cien hombres bien armados, que desembarcaron en el muelle de la isla Francesa á cosa de las diez de la noche.

El destacamento llegó á eso de las once á la ciudad de San-tsiang, donde pudo penetrar sin inconveniente, merced á que las puertas se hallaban abiertas contra toda costumbre.

El silencio mas profundo reinaba por todas partes, y no se veía un solo habitante en la calle. Temiendo el capitán Fenking alguna asechanza, mandó abrir varias casas, y llevándose tres ciudadanos en rehenes, emprendió la marcha por el mismo camino hácia el desembarcadero. Pero apenas había salido el destacamento de la ciudad cuando fué acometido por una terrible descarga disparada casi á quemaropa que causó en sus filas grandes estragos. Uno de los marineros de la *Tribuna* recibió nada menos que veinte y siete balazos; otros seis, quien diez y ocho, quien quince, quien siete, el mas afortunado cinco. El mismo capitán Fenking quedó cubierto de heridas, dos de ellas muy graves en el



EXPEDICION DE LA CHINA. — RECUERDOS DEL RIO DE PEI-HO. — LLEGADA DE LAS CAÑONERAS A TIEN-TSIN, EL 26 DE MAYO DE 1858.



LA AVALANQUE Y LA FUSEE ENCALLADAS EN EL RIO DE PEI-HO.

Hé aquí ahora el fondo del tratado firmado con los Estados Unidos:

Art. 1º Habrá paz entre ambos países. Los Estados Unidos emplearán su influencia en favor de la China, en el caso en que surgieran diferencias entre esta y las demás potencias.

Art. 2º El tratado será depositado y registrado en Pekin y en Washington.

Art. 3º El tratado será publicado por el gobierno en Pekin y las provincias.

Art. 4º El ministro de los Estados Unidos podrá corresponder directamente con el consejo privado ó el primer ministro en Pekin, y estos últimos deberán contestar.

Art. 5º Un ministro de los Estados Unidos podrá ir todos los años á Pekin y permanecer allí el tiempo que tuviere por conveniente. Su séquito se compondrá de veinte personas, sin contar los criados chinos. Deberá tratar con el consejo privado.

Art. 6º Permanente residencia de un ministro americano en el caso en que otra potencia tuviese allí un representante.

Art. 7º Igualdad de rango en la correspondencia.

Art. 8º El ministro americano deberá tratar siempre en las residencias oficiales de los ministros chinos, y estos últimos nunca podrán negarse á recibirle.

Art. 9º Los oficiales de la marina americana tratarán siempre con los oficiales chinos del rango mas elevado. La piratería debe quedar suprimida.

Los artículos 10, 11 y 12 no contienen nada de importante.

Art. 13. Los americanos tendrán derecho á arrendar casas y tierras sin intervención de los funcionarios chinos. Lista de los puertos abiertos, entre ellos Swatow y Taiwan, Formosa y todos los demás puertos que son ya accesibles á los franceses, ingleses y rusos. Represión severa del contrabando. El opio queda prohibido; no habrá mas excepciones que las autorizadas por la ley.

Art. 14. Los Estados Unidos nunca pagarán mas derechos que la nación mas favorecida.

Art. 15. Los derechos de tonelaje deberán ser los mismos que para la nación mas favorecida.

Art. 24. La bandera nacional respetada y su neutralidad obligatoria.

Art. 25. Los amotinados y desertores deberán ser presos y castigados.

Art. 26. Las autoridades de los Estados Unidos ejercerán su jurisdicción exclusiva sobre los nacionales.

Art. 28. Reconocimiento y tolerancia absoluta de la religion cristiana y protección de los convertidos cristianos.

Art. 29. Cualesquiera derechos, privilegios y ventajas concedidas á las otras naciones serán inmediatamente otorgadas á los Estados Unidos.

Este tratado deberá ser notificado en el término de un año.

El fauno de Coysevox.

I.

En 1685 vivían ignorados en la calle de Mazarino de Paris dos artistas de talento: un escultor y un músico.

El escultor se había adquirido ya una celebridad, pues además de haber decorado en Saverne el magnífico palacio del cardenal de Furstemberg y de haber esculpido el sepulcro de Mazarino, era cenciller de la Academia de pintura y escultura.

Se llamaba Antonio Coysevox.

El músico cuyo mérito se reduce á tocar con perfeccion un instrumento, puede conquistar durante su vida cierta fama, pero como no deja en pos de su muerte ninguna obra para recordar su nombre á la posteridad, pocas veces le sobrevive su fama, y por esta razon la historia no ha dedicado la mas oscura de sus páginas á



LA ALDEA DE TA-KU.

pecho, que le hicieron vomitar sangre en seguida.

Después de esta descarga cerrada, los chinos preparon por los cerros, sin mas pérdida que dos hombres heridos por el revolver del teniente Downes; pero ya que la oscuridad de la noche y la inexperiencia de los lugares hacia imposible toda persecucion, los tres rehenes fueron pasados por las armas en el sitio mismo donde acababa de ser derramada la sangre europea.

El día siguiente, apenas tuvo noticia de este hecho el capitán Edgell, encargado de la estacion, resolvió dar una leccion á los habitantes de la isla Francesa.

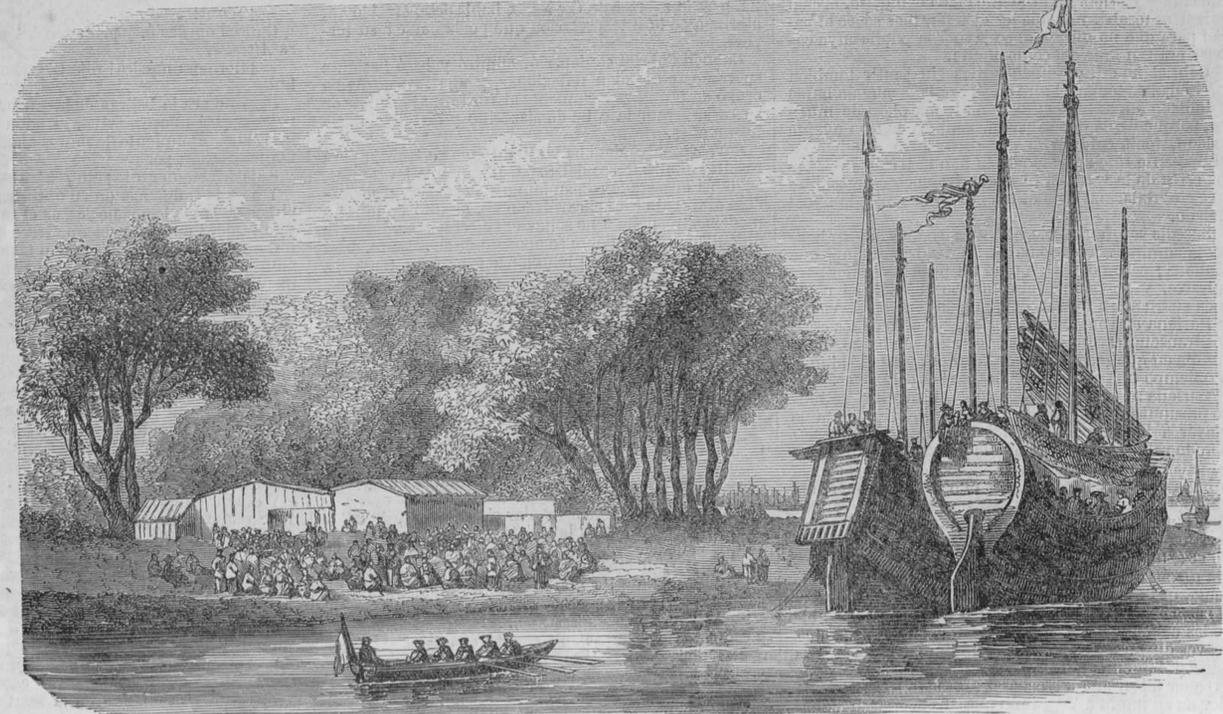
Al efecto, mandó á las cañoneras *James*, *Dove Drake* y *Woodstock* que, bajo las órdenes del vizconde Gifford, fueran á acoderarse delante del embarcadero, de donde la villa rebelde podia ser fácilmente bombardeada, pues segun la apreciacion de los ingenieros, solo distaba unos 800 metros. Tambien fueron destacadas algunas compañías de artilleros de los navios *Tribuna*, *Hornet* y *Vulcano*, y dirigidas con aparatos de cohetes á una eminencia de la isla Dinamarquesa, desde la cual se dominaba la villa á menos de un kilómetro.

Los habitantes fueron prevenidos de antemano de la hora en que comenzaria el castigo, y de este modo tuvieron tiempo para retirar sus familias y los objetos de valor. En cuanto sonaron las cuatro, el viernes 2 de julio, principió el bombardeo á bordo de todos los buques y en las baterías de tierra, y fué sostenido durante dos horas consecutivas, tomando parte en él las corbetas *Acteon*, *Tribuna* y *Doréque*, que vinieron á unir sus fuegos con el de las cañoneras.

Los cónsules de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y España asistieron á la acción con gran número de curiosos, á quienes el plazo concedido á la villa les dió tiempo para venir al lugar de la venganza.

A las seis, San-tsiang no era ya mas que un monton de ruinas desiertas.

El capitán Fenking se hallaba muy gravemente herido para poder tomar parte en estas represalias; se espera, no obstante, que no sucumbirá, porque ha cesado ya la hemorragia.



LA ALDEA DE KIANG-TSUEN.

la memoria de Gabriel Desmares, que fué no obstante la primera flauta de la orquesta formada por Lully.

Las ventanas de Gabriel estaban casualmente enfrente de las de Coysevox, pero como este trabajaba casi continuamente en su taller que daba á un jardín, sucedía que los sonidos melodiosos de la flauta de Gabriel no llegaban al oído del escultor, así como los martillazos de Coysevox no llegaban al del músico.

Pero el oído de Coysevox no era el único en la casa, pues nuestro académico tenía una sobrina de quien era tutor. Diez y siete años, megillas de rosa, cabellos negros como el ébano, ojos rasgados y tan negros como los cabellos, melancólica sonrisa que contraía á intervalos sus labios rojos como el coral, que al entreabrirse dejaban ver los dientes mas preciosos, tal era Mariana, que unía á estos atractivos una inclinación decidida por la música. Añadamos que esta era la única diversion permitida á la hermosa niña, y que solo la debía á la casualidad que le habia dado á Gabriel por vecino. El severo escultor, deseoso de desempeñar concienzudamente sus deberes de tutor, creía que el medio mas seguro de velar á su pupila consistía en no permitirle salir sino á su lado, y todas estas salidas se reducian á un corto paseo al jardín de las Tullerías los domingos y cuando hacia buen tiempo, de modo que la pobre Mariana parecia una flor encerrada en un invernadero y para la cual están vedadas las caricias del aire y del sol. Las monótonas fases de su vida se componian de algunos trabajos de aguja, de tres ó cuatro palabras afectuosas de su tío á las horas de comer y de cenar, y de vagos castillos en el aire que le ayudaba á forjar la anciana aya Nicolasa.

¿Hemos de asombrarnos de que añadiese á esto como distracción extraordinaria el gusto de escuchar los suaves y acordes sonidos de la flauta? Apenas principiaba Gabriel á tocar el instrumento, sus dedos dejaban caer sobre las rodillas su aguja inactiva, y permanecía con la mirada fija, la cabeza inmóvil y reteniendo la respiración como si temiera que se escapase una sola perla de aquella grata melodía. Algunas veces, cuando no estaba á su lado la anciana, se atrevía á abrir la ventana y á asomarse con la esperanza de ver el rostro del misterioso artista. Mariana no tenia tanta reserva porque la anciana fuera un testigo temible, pues hubiera sido por el contrario difícil encontrar una protectora mas bondadosa y tolerante, y una criada mas fiel á su dueña; pero Mariana se encontraba en esa situación, en que creyéndose tener ya alguna cosa que ocultar, no se puede hacer aun con fundamento ninguna confidencia. Nicolasa no carecia de cierto espíritu de observación, como sucede con todas las mujeres al llegar á sus años, y al observar el rostro melancólico y pensativo de la hermosa Mariana, se sonreía adivinando sin duda los sentimientos de aquel corazón que se despertaba á la esperanza y al amor.

— ¿Quién sabe? decía para sí. ¿No cesa de trabajar la señorita en el momento que se oye la flauta? Y siempre, siempre sucede lo mismo. ¡Ya se asomó á la ventana! Su corazón necesita aire para respirar, porque el fuego secreto que la devora solo puede extinguirlo ese joven desconocido. ¡Amor! tú penetras como el soplo del viento entre las enramadas, y ni flores ni corazones están nunca bastante cerrados para tu dulce aliento.

También Gabriel habia hecho observaciones como la anciana; á pesar de las precauciones que tomaba aquella para abrir con tiento la ventana, el ruido que producía llegaba siempre al atento oído del músico, el cual mientras tocaba, no tenia los ojos tan fijos sobre el papel para que no mirase al soslayo á la pupila cuya cabeza era tan graciosa como atenta.

Gabriel no estuvo muchos dias sin sentir también necesidad de tomar el aire en su ventana cuando habia estudiado ó mas bien ejecutado alguna pieza de música, porque desde que sabia que contaba con un oyente asiduo, tenia cuidado de encerrarse para estudiar en el aposento mas apartado de su habitación, y no tocaba cerca de la ventana mas que fragmentos escogidos que ejecutaba con todo el talento de que Dios le habia dotado.

Sucedía con frecuencia que nuestro artista y su hermosa admiradora se asomaban á un mismo tiempo á la ventana; pero no tuvieron en un principio valor para mirarse, y parecia por el contrario que Gabriel ponía toda su atención en ver de qué lado soplaban el viento y Mariana en contar en la calle el número de los escasos transeúntes que la recorrían. Sin embargo, llegó un dia en que sus ojos se encontraron, y estalló al mismo tiempo una chispa eléctrica en sus corazones.

Mariana se puso encendida como el carmin y se retiró precipitadamente, prometiéndose interiormente no volver á incurrir jamás en semejante imprudencia; pero lo primero que hizo al dia siguiente fué faltar á su palabra, aunque desplegó mas valor en soportar la mirada de Gabriel y no emprendió la fuga como el dia anterior. Gabriel, con objeto de poner fin á una situación tan embarazosa, creyó que el medio mas adecuado seria arrostrar un saludo respetuoso, y este plan obtuvo el éxito mas feliz, porque Mariana creyó que no podía menos de corresponderle con una inclinación afectuosa, únicamente por cortesía.

Los dos amantes habian pasado el Rubicon temible de los enamorados, pero principiaban entonces las mas graves dificultades. — ¿La escribiré una carta? decía Gabriel. Sin embargo, no se atrevía á hacerlo temiendo exponer á Mariana á escenas desagradables en el interior de su familia. Y en vano buscaba la ocasión de hablar con ella, porque Mariana no salía mas que los do-

mingos acompañada de su tío. Es imposible imaginar los proyectos y combinaciones que hizo y deshizo Gabriel en algunos dias, y debemos añadir, como verídico historiador, que Mariana discurría también apurando su ingenio para adivinar los planes de aquel joven que tocaba tan perfectamente la flauta, la dirigía tan cariñosos saludos y la miraba con tanta ternura.

Coysevox estaba tan meditabundo como su sobrina, y por una extraña coincidencia, el objeto de su meditación era igualmente un músico, un flautista.

Pocos de los que han estado en París habrán dejado de admirar el grupo en mármol del Fauno tañendo la flauta que se ve en el jardín de las Tullerías, cerca del palacio, á algunos pasos de la verja que comunica con la calle de Rivoli. Todas las facultades intelectuales de Coysevox estaban entonces absorbidas en la concepción de esta obra maestra. El ilustre artista habia llegado á ese grado de reputación en que la mano de un maestro evita los defectos mas insignificantes y aspira á alejarse de la medianía; mas severo para consigo mismo que los mas exigentes Aristarcos, destruía con frecuencia lo que habia hecho el dia anterior, y ora le parecia sin naturalidad ni expresión la actitud del fauno, ora queria dar á un brazo ó á una pierna un movimiento mas flexible ó una posición mas verdadera.

La cabeza era especialmente lo que le desesperaba. ¿Llegaría á conseguir que su fauno soprase en la flauta sin exageración en el juego de los músculos y en el ahucamiento de las megillas? Hé aquí el problema cuya solución era forzoso encontrar: y debemos decir que cuanto mas adelantaba Coysevox en su obra, mas lejano le parecia el buen éxito. Todos sus esfuerzos no habian llegado mas que á producir una caricatura, pero la culpa era de los modelos que empleaba y que daban prueba de la mas desconsoladora torpeza. Unos se aplicaban al labio la flauta sin gracia ó faltando á los principios mas sencillos del flautista; otros agotaban toda la fuerza de sus pulmones para soplar, sus carrillos se hinchaban desmesuradamente, y todo su rostro se inyectaba hasta ponerse amoratado.

Coysevox habia apurado los modelos, y por la mañana al levantarse, por la noche al acostarse, y especialmente á las horas de comer, en presencia de su sobrina que pensaba en otras cosas y de la anciana que le consolaba, prorumpía en lamentaciones que terminaban siempre con estas palabras:

— No hay duda, para ejercer la profesión de modelo debería exigirse la condición de saber tocar la flauta.

Tal era la situación del ánimo de nuestros diversos personajes el dia que aconteció el incidente que forma el asunto de nuestro relato.

Aquel dia desde muy temprano se advirtió en la calle de Mazarino entre las casas del escultor y del músico la misma sucesión de hechos, movimientos y ademanes que invariablemente habian tenido lugar hacia mas de un mes. Las dos ventanas se abrieron, se oyó una suave melodía, se asomaron despues Gabriel y Mariana y se saludaron como todos los dias.

Mariana llevaba en la mano un ramo de flores que de pronto se desprendió y cayó en la calle... ¿La voluntad de la joven habia sido completamente extraña á esta caída? No nos atreveríamos á jurarlo, pero lo cierto es que Gabriel no tardó mucho mas en bajar á la calle que el ramo en caer. Posesor del precioso tesoro, volvió á subir á su habitación con la rapidez del relámpago, se asomó á la ventana y empezó á cubrir de besos las rosas que habia estrechado la mano de Mariana, pero la sobrina de Coysevox habia desaparecido ya, aterrorada de la interpretación que podía darse á su torpeza.

Cuando Gabriel contempló, admiró y besó bastante su ramo, empezó á reflexionar, y una idea atrevida cruzó de pronto por su mente al ver salir al escultor de su casa, seguir la calle de Mazarino y dirigirse hácia los muelles.

Coysevox abandonaba tan temprano su trabajo para respirar el aire fresco del Sena. Despues de levantarse, se habia encerrado con su fauno en el taller, dedicándose al trabajo mas encarnizado sin auxilio de ningún modelo y resuelto á no soltar el cincel hasta vencer la dificultad, pero la fiebre se apoderó de su cerebro, y su mano, agitada por un temblor nervioso, no tenia ya firmeza ni decisión.

Aun no habia vuelto en sí de su sorpresa la buena Nicolasa, que nunca habia visto salir á su amo tan temprano, cuando llamaron á la puerta. Corrió á abrir, y se encontró cara á cara con Gabriel, cuya turbación indicaba claramente que consideraba su visita como una temeridad inaudita.

Nicolasa se asombró al reconocer á su vecino.

— ¿Por quién preguntais, caballero?

— Estas flores... que... yo... respondió Gabriel balbuceando y enseñando el ramillete de Mariana.

— Os equivocais sin duda; no acostumbramos á recibir flores.

— Es que no vengo á regalar sino á restituir, dijo Gabriel alentado con la benévola fisonomía de la anciana que contradecía la aspereza de sus palabras.

— ¿A restituir?

— Vuestra señorita estaba hace un momento en la ventana; su mano dejó caer estas flores, y...

— Y vos os habeis apresurado á bajar para cogerlas, y como estábais impaciente por devolverlas á mi señorita, habeis aprovechado la ausencia de mi amo. ¿No es cierto?

La anciana se sonrió con tanta bondad que Gabriel enlazó las manos en ademán suplicante y sin responder.

— No soy tan cruel que trate de oponer obstáculos á un amor honesto y sincero, dijo Nicolasa.

Un golpe imperioso dado en la puerta interrumpió á la anciana que exclamó:

— ¡Santos cielos! el amo...

— ¿Dónde me ocultaré?

— Ya no es posible.

II.

Los tres se miraron algunos segundos en silencio: Coysevox, sorprendido al ver al joven cuyo rostro no conocía; Gabriel, esperando un interrogatorio cuyo desenlace le parecia poco favorable, y Nicolasa ocupada en imaginar el medio de conjurar el peligro.

Coysevox rompió el silencio preguntando:

— ¿Podré saber, caballero, el motivo de vuestra visita?

Gabriel se inclinó lentamente para darse tiempo de buscar una respuesta.

Nicolasa fué mas afortunada que el joven para sacarle del apuro.

— Creo, dijo, que el motivo no os disgustará. Como hace quince dias que os oigo decir: ¿dónde hallaré un modelo que toque la flauta? me he encargado de buscarlo.

— ¡Cómo! ¿este caballero?...

— Es un pobre joven que desea ocuparse en algo y me ha suplicado que os le recomiende; como toca la flauta con primor, le he propuesto que os sirva de modelo, y estaba á punto de aceptar cuando habeis llegado.

Gabriel hizo un ademán afirmativo y tuvo buen cuidado de no desmentir á Nicolasa.

— ¡Excelente idea! exclamó el escultor. ¿Con que tocáis la flauta y quereis ocuparos en algo? ¡Bravo! Os daré ocupación para hoy, para mañana y para ocho dias, os emplearé con preferencia á cualquier otro, haré aun mas, os recomendaré á mis colegas, y estoy seguro de que quedareis contento de mí. ¿Accedeis?

— Estoy á vuestras órdenes, respondió Gabriel.

— ¿Sí? Pues en ese caso manos á la obra. Estaba algo cansado, pero vuestra llegada me reanima, seguidme al taller.

Gabriel no vaciló, porque esperaba encontrarse en presencia de la que tanto deseaba ver; pero ¡vana esperanza! no habia nadie en el taller, y solo vió algunas estatuas bosquejadas, entre las cuales descollaba el famoso fauno tocando la flauta, y en un rincón dos ó tres pedazos de mármol, esperando, para tomar forma, un capricho de la imaginación del maestro.

— No dejaré de avisar la Nicolasa, pensó Gabriel, y si mi corazón y mis ojos no me han engañado hasta ahora, vendrá; no hay duda.

Mientras hacia esta reflexión, se sentó en un sitio que acababa de colocar Coysevox en medio del taller. El escultor puso despues en sus manos una flauta que veinte modelos habian tomado ya, y con un cincel en una mano y el martillo en otra, y un pie cerca del fauno, lanzó un grito de alegría al ver como cogía Gabriel el instrumento y se lo aplicaba á los labios.

— ¡Magnífico! Vamos á hacer entre los dos una obra maestra.

Y despues de dar á su dócil modelo algunas instrucciones, le dijo con voz solemne y con verdadero ademán de jefe de orquesta:

— ¡Tocad!

Gabriel obedeció, y principió con una ária de la ópera *Alceste*.

— ¡Hermosa música! dijo Coysevox; es de mi amigo Lully.

Pero no era la belleza de la música lo que impresionaba mas á nuestro artista, sino la realización de su idea, el cumplimiento de tantos afanes: ¡tenia la misma naturaleza por modelo!

— ¡Perfectamente! ¡muy bien! ¡seguid! ¡seguid!

Y bajo la influencia de su entusiasmo, crecia la inspiración, la cual se conocia por el brillo de su mirada y la rapidez de su cincel que trasformaba el mármol.

Gabriel tenia la mirada fija en la puerta, pero ninguna figura de mujer aparecia en el umbral ni se oía el menor crujido de vestido á lo largo del corredor. Nuestro músico principiaba á quejarse interiormente de la lentitud del tiempo y de su fatigosa actitud, cuando cesó de tocar para tomar aliento despues de repetir tres veces el ária de *Alceste*, pero Coysevox no le dejó gozar mucho rato de esta satisfacción.

— Por favor, amigo mio, no dejemos apagar el fuego sagrado. ¡Seguid!

Gabriel principió un ária de *Acis y Galatea*.

— ¡Magnífico! También es de Lully. Con el auxilio de Dios y de nuestra flauta, seré tan ilustre escultor como es gran músico Lully.

Y el cincel de Coysevox no cesaba de herir el mármol, y la cabeza del fauno parecia nacer y animarse al encanto de aquella música deliciosa.

Gabriel agotó el repertorio de Lully; despues de *Acis y Galatea* tocó el turno á *Proserpina*, *Beleforonte*, *Perseo* y *Faetonte*, pero aunque veía con inquietud que la sesión se prolongaba indefinidamente, no podía resolverse á cejar en una empresa que habia principiado con tan buenos auspicios. ¡Antes morir que encallar tan vergonzosamente en el momento de entrar en el puerto! Resuelto pues á llevar á cabo su papel de modelo, continuó soplando en la flauta con tanto ardor como Coysevox manejando el cincel, y únicamente se ingeniaba para darse valor y aliento mecidiendo su al-

ma con las mas dulces imágenes y halagüeñas ilusiones. Habian trascurrido sin embargo cinco horas sin que la mas modesta de sus ilusiones adquiriese la apariencia de realidad, sin que nada presagiase que Mariana dejara de ser invisible. ¿Cuál hubiera sido su enojo si hubiese sabido que cuando Coysevox se encerraba en su taller no permitía que nadie, ni aun su sobrina, entrara á distraerle ó á interrumpir su trabajo!

Los pulmones del pobre Gabriel empezaban á ren- dirse, y los sonidos espiraban en sus labios cansados; pero Coysevox le decía á cada instante:

— ¡Seguid! ¡seguid! ¡Valor! Os daré tres luises.... ¡Seguid!

Y la infatigable inspiracion del escultor devoró tres óperas mas: *Psiquis*, *Amadis* y *Rolán*.

De pronto los sonidos debilitados de la flauta se extinguieron completamente al grito de una alegre exclamacion. Coysevox se lanzó hácia la puerta del taller y dijo con voz de trueno:

— ¡Ven, sobrina! ¡Corre, Nicolasa!

Es imposible explicar el efecto eléctrico que causaron estas palabras á Gabriel que se lanzó de un salto desde su asiento hasta donde estaba el escultor, pero este le miró con ademan tan sorprendido, que volvió á sentirse confuso y cabizbajo y á tomar su actitud de flautista.

Mariana no estaba muy lejos porque apareció al instante acompañada de Nicolasa.

Coysevox, en el primer transporte de alegría y de reconocimiento hácia la que le habia proporcionado su precioso modelo, abrazó repetidas veces á la anciana, dando tiempo á Mariana y á Gabriel para dominar su emocion.

— ¡Mirad, Nicolasa y Mariana! ¿Dónde está aquella figura grotesca y ridícula que causaba ayer mi desesperacion? ¿Ya no la veis, es cierto? ¡Ah! seguro estaba de que con un buen modelo haria una obra maestra. ¡Mirad, mirad! ¡Qué actitud tan natural! ¡Qué bien toca la flauta mi fauno!

Y añadió despues de algunos momentos de minucioso examen:

— Esta megilla no está aun acabada; dos ó tres golpes bastarán... ¡Esperad!... y vos, excelente jóven, haced el último esfuerzo. ¡Seguid!

Pero Gabriel sentia al ver á Mariana lo que Anteo cada vez que tocaba la tierra, y habia recobrado las fuerzas.

Dócil al mandato de Coysevox, se dispone á tocar, y como en la posicion en que se encuentra, tiene vedado el lenguaje ordinario para expresar su amor, llama en su auxilio la música: la lengua musical va á hablar al corazón de Mariana, y para que no pueda equivocarse, elige el ária mas tierna y mas apasionada de la ópera *Armida*.

Nunca habia tocado Gabriel con tal ardor y con una sensibilidad tan arrebatadora, ni aun bajo el encanto de los aplausos del público: toda su alma se habia reconcentrado en sus labios.

Gabriel no advirtió que Coysevox habia dejado el cincel y continuaba; pero no era él quien tocaba, sino su amor, y el amor es imogotable, especialmente cuando revela su secreto mucho tiempo comprimido.

Mariana escucha con entusiasmo y los ojos fijos en Gabriel aquel elocuente y misterioso lenguaje; Nicolasa tiene enternecido el corazón, y las lágrimas que surcan sus mejillas atestiguan que no se ha quedado soltera por insensibilidad, y el mismo Coysevox, cuya atencion se desvia poco á poco de su obra animada, parece ceder á una especie de influencia magnética, porque sus manos han dejado caer el cincel y el martillo, y está inmóvil, con la mirada fija y los labios entreabiertos como en un éxtasis.

Apenas acababa de expirar la última nota, cuando exclamó con trasporte:

— ¡Admirable! ¡maravilloso! ¡sublime! ¿Y tú quieres ser modelo, tú que eres un artista de primer orden? ¡Lully estaria orgulloso de contarte entre sus músicos! Pero ¡qué idea! Lully es amigo mio, y despues del servicio que acabas de prestarme, puedes estar seguro de que no me descuidaré en recomendarte. ¿Deseas que hable en tu favor?

El entusiasmo de Coysevox animó á Gabriel que respondió:

— Confieso, señor, que al entrar en vuestra casa ambicionaba otro premio...

Pero de pronto se interrumpió, porque habia encontrado la mirada aterrada de Mariana y de Nicolasa, y obedeció á la voz de la prudencia que le aconsejaba que no se precipitase.

Coysevox, que creia haberse equivocado, con gran perjuicio para el aprecio que habia concebido ya por Gabriel, dijo moviendo la cabeza:

— Es justo: se ha de dar lo que se promete.

Y se dirigió hácia un escritorio, y dijo tomando tres luises:

— ¿Es posible que tan gran talento encierre en el alma tan poca nobleza?

Cuando se volvia haciendo esta reflexion nada lisonjera para Gabriel, vió que se levantaba bruscamente la cabeza del jóven al mismo tiempo que se retiraba con no menos rapidez la mano de su hija.

Este movimiento fué para el escultor una revelacion completa; pero afectando que nada habia visto, se dirigió hácia Gabriel y le presentó los tres luises.

— Estoy pagado ya con exceso, dijo el músico haciendo un ademan negativo, con el placer de haberos sido útil.

— Qué quereis decir? preguntó Coysevox irguién-

dose con ademan de dignidad ofendida, y obstinándose en presentar los tres luises á Gabriel.

Mariana conoció por la mirada severa de su tío que todo lo habia adivinado; y se sentó temiendo desmayarse, y no mas tranquila estaba la buena Nicolasa.

— Tomad vuestro dinero; no estoy acostumbrado á que me sirvan gratis.

Gabriel no hubiera consentido jamás en hacer el papel de modelo tan solo por la esperanza del lucro, y por eso respondió:

— ¡No... nunca!

Y su altivez ofendida le impulsó á rechazar la mano del escultor con bastante fuerza para que las monedas de oro cayesen y rodasen por el suelo.

Nuestros cuatro personajes formaban en aquel momento un cuadro tan curioso como interesante.

Despues de algunos instantes de ese silencio que precede por lo comun á las grandes escenas, Coysevox tomó de la mano á Mariana, se aproximó con gravedad hácia Gabriel y exclamó:

— No quiero que se diga que no te he pagado cual mereces. Ya que rechazas mis tres luises, toma la mano de mi sobrina.

No describiremos la escena que siguió, y que el lector puede representarse fácilmente: únicamente diremos que el pago de Coysevox fué ratificado quince dias despues, y delante del altar, por el cura de San German de los Prados.

MOLERI.

Apología de la mujer.

(FRAGMENTO.)

« Dios ha dado á los hombres el amor del ruido y de la gloria; las virtudes brillantes, las sensibles concepciones del genio; la guerra con sus palmas triunfales; la ambicion con su poderoso atractivo y sus brillantes esperanzas; y á las mujeres en el tranquilo y santo recogimiento del hogar doméstico, ¡cuántas virtudes les ha destinado! virtudes ocultas y modestas, suaves flores abiertas á los ojos de Dios y cuyo tímido rayo esperece á lo lejos alegría, felicidad y sublime grandeza.

¿Quién negará todos los tesoros de ternura, de desinterés, de fuerza moral que encierra el corazón de una mujer, ya sea esposa ó madre, hija ó hermana? ¿Quién podrá negar la dulce influencia que ejerce sobre los que la rodean, influencia toda de amor y persuasion, que no se impone, que no se solicita, que es ignorada y que se escapa del corazón y del alma?

La influencia de la mujer es una verdad tan incontestable, que escribir su historia es escribir la historia entera del pueblo en que vivió; así pues, tal es el ascendiente de esa mezcla de delibilidad nativa y de grandeza de alma, de timidez y de poética exaltacion, de dulzura y de poder de amor, que esa mitad del género humano, que á primera vista parece haber destinado la naturaleza á la dependencia y á la sujecion, domina al contrario á la otra mitad cuando se trata de inspirarle las heroicas virtudes de que tanto se orgullece el hombre.

« Toda nuestra esperanza, la de la Francia, la del mundo entero, decia un orador cristiano, descansa en la mujer! ¡Dénos Dios muchas madres cristianas, y nos hemos salvado! »

La mujer fué la primera que faltó en el dia del peligro; suya fue la iniciativa en la desobediencia; ella es el primer escalon roto en la via que nos llevaba á Dios: era justo que sufriese la mayor parte del castigo; así la vemos, desde Eva hasta Maria, desde el Paraiso hasta el portal de Belen, esclava del hombre mas bien que su compañera; sobre ella cayeron las fatigas, las labores pesadas, los trabajos vulgares; no parece sino que el hombre, rey de la creacion, la niega el derecho de pensar y de vivir intelectualmente.

Algunas veces, y con largos intervalos, una mujer, brillante meteoro, protesta con su genio y su gloria contra esta degradacion; y es porque Dios, acordándose de que una mujer será su madre, no quiere permitir que ante ella estén todas humilladas; quiere que lo mismo que en cada siglo de lo pasado, pueda el porvenir encontrar la figura de su vida divina, quiere que en la serie de los tiempos se encuentre tambien representada anteriormente la de Maria.

En el seno de la tranquila felicidad de los patriarcas, nos hace admirar el perfil tan puro de la dulce Raquel, el de Rabea, dibujado con mas firmeza, y cuando quiere hacer sentir mejor el poder de su brazo protector, suscita á Débora y á Judit.

A la Grecia pagana da las mujeres sencillas y hermosas, encorvadas al yugo de sus esposos, secuestradas del mundo, dividiendo su amor entre la familia y la patria, educando á sus hijos en ese doble afecto y sabiendo formar ciudadanos y padres.

Despues, su esfera se ensancha de repente, y abandonan con temeroso paso el silencio de su soledad; reclaman su parte en los placeres y el ruido mundanal, en los goces del lujo, y como les falta lo que constituye la fuerza y el escudo de la mujer, el conocimiento y el amor de la verdad eterna, acontece que de envanecidas no pueden luchar contra las seducciones que las rodean. Aléranse sus costumbres, y los principios que inculcan á su familia son menos austeros y mas fáciles. La corrupcion, y con ella la decadencia, se ocultan detrás de los esplendores de la riqueza.

El cristianismo proporcionará á la mujer honra, dignidad é influencia, y en cambio la mujer dará al cristianismo todo el poder de su desinterés. Abrasada en el sagrado fuego de la caridad y el proselitismo, se la verá por todas partes dividir con los ministros de la nueva religion los cuidados sublimes del apostolado. ¿Qué nacion, qué familia no tuvo el nombre de una mujer heredado en la historia de su conversion?

En el campo no menos vasto y tan terrible de la persecucion, la mujer es quien imprime al martirio ese impulso entusiasta que hizo tan numerosos y tan sublimes á los confesores de la fe. Allí donde hombres llenos de fuego y de vigor temblaban, se vieron mujeres, esforzando su debilidad con los puros manantiales de la confianza y de la caridad, subir, con la alegría en el rostro y la sonrisa en los labios, á las hogueras; se las vió precipitarse en la arena arrostrando una muerte cruel, y enviar al cielo, con su último suspiro, un grito sublime de amor y de esperanza: pero no se vió una, sucumbiendo á la debilidad de su sexo, que prefiriese un solo minuto la vida á la muerte, las fiestas y el lujo pagano á la tortura y á los padecimientos. La mujer tenia demasiado en la conciencia lo que debia al cristianismo para no desear atestiguarlo al mundo con el sacrificio mas difícil á la naturaleza: el de la propia existencia...

Engrandecida y fortificada así por la religion, la mujer participa de todos los pensamientos, de todos los proyectos del hombre; su talento, mas vivo y mas profundo, domina casi siempre al de su esposo; la afabilidad de sus modales, la dulzura de su lenguaje le dan tambien una superioridad moral incontestable, sobre todo en una época de barbarie y de ignorancia. Cada cual pretende ver en ella una emanacion, ó mas bien una personificacion de la divinidad, y se le tributan respeto y homenajes; pero entonces, como hoy, se le piden, en cambio de tanto honor y tantas deferencias, las virtudes de su sexo: se quiere que sea piadosa, modesta, dulce y bienhechora; se quiere que su mérito sea todo doméstico; se le exige que dirija su casa, que esparza el orden y el bienestar á su alrededor, que vigile á sus criados, que eduque á sus hijos en los sentimientos de honor y de lealtad; se quiere, en una palabra, que gobierne, pero que no reine. Para el marido toda la autoridad aparente; para la mujer la autoridad real, puesto que este orden, al cual ella obedece la primera, es ella quien lo ha inspirado; puesto que esta cólera, ante la cual ella misma tiembla, se desvanece con una sonrisa de sus labios, con una palabra dulce escapada de su corazón.

Una nacion debe enorgullecerse con sus mujeres célebres, dar gracias al cielo por habérselas concedido, y considerarlas como una de sus glorias mas puras; pero si la mujer quiere ser siempre mujer, ignore siempre su mérito y su ilustracion. Sin modestia, la mujer no es ya mujer; puede tener derecho á la admiracion, pero no tiene derecho al respeto y á la estimacion; es cosa probada que pierde siempre en dicha lo que gana en celebridad. El recinto doméstico y la familia son las barreras mas seguras de las mujeres, dijo un filósofo; pero no, no queremos limitar tanto su imperio, y lo extendemos á la habitacion de los desgraciados, al asilo de todos los que sufren; nos gusta verlas, siguiendo el sublime ejemplo de nuestras abuelas, visitando al pobre, cuidándole en sus dolores, consolándole en sus penas; recordamos entonces el papel casi exclusivo representado por la mujer en esa gran via de la beneficencia que se llama caridad; no era posible que su naturaleza dulce y al mismo tiempo entusiasta oyerá sin comprenderlas las palabras de amor del divino Maestro; las grabó en lo mas profundo de su corazón, é hizo de ellas la divisa y la máxima favorita de su existencia.

La caridad religiosa viene á ser para la mujer una ley del corazón; apenas nació el cristianismo hizo prodigios; una mujer, una cristiana descendiente de los Fabios, realiza lo que la antigüedad no hubiera osado intentar: funda el primer hospital. Bien pronto reinas y elevadas señoras, jóvenes y viudas ricas, se precipitan en tropel, ávidas de participar de sus penosos cuidados, de extender y de imitar su obra. La Francia, la cristiandad, no cuenta ya un hospital, sino ciento, mil, y todos deben la existencia á las mujeres, exclusivamente á las mujeres, sin estipendio ni salario alguno.

Con los cuidados domésticos, el desinterés y la caridad, el estudio es tambien del dominio de la mujer; no ese estudio que daría por resultado mujeres sábias (ni lo permita Dios), sino una instruccion seria, variada, modesta, prohibiendo á la mujer que trate de brillar, sino permitiéndole que dirija y que vigile la educacion literaria de sus hijos.

Podia entonces, deseosa de cooperar al perfeccionamiento de la sociedad, consagrar la imaginacion y la inteligencia de que la ha dotado el cielo, á la educacion, á esas obras demasiado raras y desdeñadas muchas veces, cuyo único objeto es moralizar á la juventud. Esto no es otra cosa que esparcir á lo lejos los frutos de ese santo apostolado de que antes hemos hablado; entonces no produce las exageraciones de una imaginacion delirante, sino que filtra sus pensamientos en el corazón, y á pesar del espantoso título de literata, no sale de los límites de la mujer; no traspasa ni sus derechos ni sus privilegios, puesto que es la ley natural, emanando directamente de Dios, quien le ha hecho la primera ó mas bien la única verdadera maestra de la humanidad. »

CONDESA DROHOJOWSKA.

Romerías de Nuestra Señora de Font-Romeu y de Nuestra Señora de los Angeles, en Francia.

Cada estación tiene en los departamentos franceses sus solemnidades religiosas; las procesiones de Rogativas, del Corpus, etc., que en la primavera recorren las campiñas, son reemplazadas cuando llega el otoño por las romerías que motiva muy a menudo la fiesta de la Natividad de la Virgen.

El Rossellon es una de las provincias de Francia donde mas abundan esas ceremonias piadosas. Sus montañas contienen en efecto numerosas capillas donde acuden los fieles á millares, manifestando así el fervor y la fe de una población mas catalana que francesa.

La fiesta de Nuestra Señora de Font-Romeu es la mas solemne del departamento de los Pirineos; tiene lugar el 8 de setiembre, y nunca se cuentan en ella menos de ocho á diez mil personas.

La capilla y la ermita fueron construidas en honor de una imagen de la Virgen maravillosamente descubierta cerca de una fuente, cuyas aguas traseas y puras han sido busca-

das con avidez desde los tiempos mas remotos para combatir diferentes enfermedades; de aquí su nombre de Nuestra Señora de Font-Romeu (fuente del peregrino).

Font-Romeu, edificado en la cumbre de la cordillera de los Pirineos, á poca distancia del valle de Andorra, es uno de los puntos mas pintorescos del Mediodia de la Francia, y su fiesta es un gran acontecimiento en el país; acuden á ella de veinte leguas en contorno, y en la muchedumbre se distinguen muchos españoles.

La ceremonia es siempre muy solemne; se dice la misa al aire libre bajo el hermoso cielo del Mediodia y á la falda de esas hermosas montañas coronadas de nieves eternas.

Despues del oficio, el almuerzo de los fieles ofrece el curioso espectáculo de miles de personas instaladas sobre la yerba para descansar de las fatigas de una larga caminata.

Poco despues principian los bailes, que se prolongan sin un momento de interrup-



ROMERIA DE NUESTRA SEÑORA DE FONT-ROMEU (Pirineos-Orientales.)



ROMERIA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES EN LIVRY (Sena y Oise.)

J. CALDRAU

cion hasta la hora bastante adelantada de la noche en que la muchedumbre se dispersa hasta el otro año.

No se debe creer que las llanuras de las inmediaciones de Paris se hallan desheredadas de esas fiestas tradicionales. Todos los años tambien, por el mes de septiembre, una aldea del departamento de Sena y Oise, el lindo pueblecillo de Livry, cerca del bosque de Bondy, reúne en la capilla de *Nuestra Señora de los Angeles*, un inmenso concurso de fieles. Esta romería debe su celebridad al siguiente milagro:

Tres mercaderes angevinos que pasaban por los bosques de Livry fueron cogidos por unos ladrones, quienes despues de haberles despojado de cuanto llevaban, los ataron á unos árboles donde permanecieron sin socorro alguno durante un dia y una noche. En tan duro trance se encomendaron á la Santísima Virgen, que al punto mandó un ángel que les dió libertad; los mercaderes colocaron en el lugar de su siniestra aventura una imágen de su libertadora, la cual operó el alivio de tantos males que muy luego, con las piadosas ofrendas que la destinaban, pudo ser rodeada de una capilla. En tiempo de san Luis esta capilla se convirtió en una iglesia, que vino á ser destruida por la tormenta revolucionaria. En 1808 una nueva capilla reemplazó las

antiguas construcciones, cuyo recuerdo solo se conservaba hacia años por las tres cruces que aun se ven en el dia.

En la romería de *Nuestra Señora de los Angeles* como en la de *Font-Romeu*, una fuente vecina atrae, por sus virtudes curativas, mas de cincuenta mil personas.

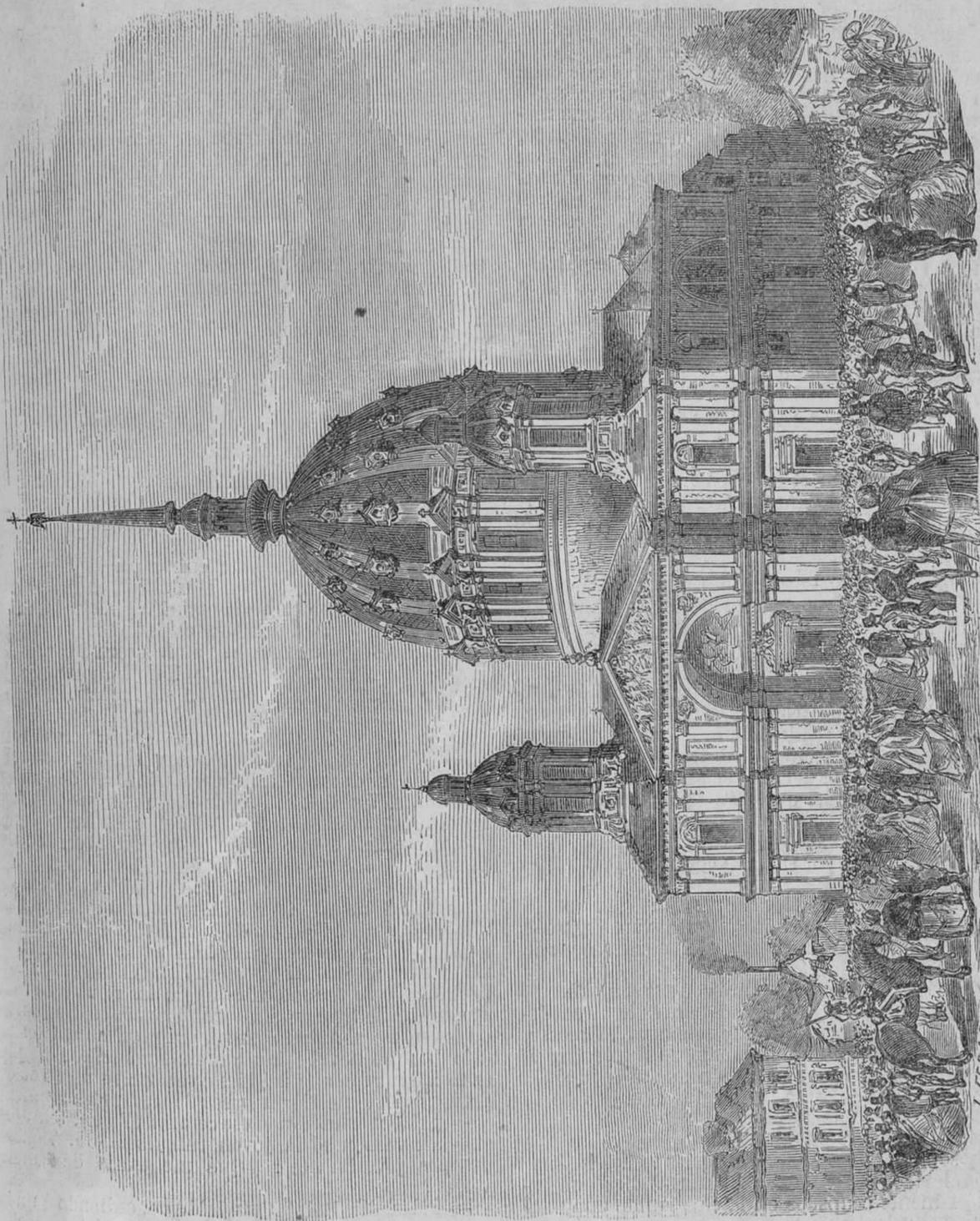
G. F.

Inauguracion

DE UNA NUEVA IGLESIA EN NANTES.

La ciudad de Nantes acaba de enriquecerse con un monumento notable, la iglesia de *Nuestra Señora de Buen Puerto*.

Principiada en 1846 por los planos y bajo la entendida direccion de M. J. Chenantais, arquitecto, continuada con perseverancia por medio de diversas subvenciones administrativas, y sobre todo gracias á las suscripciones voluntarias que en las provincias francesas del Oeste no faltan nunca para las obras religiosas, ese magnífico edificio coronado con una de las mas gran-



NUEVA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE BUEN-PUERTO, EN NANTES.



BAJOS RELIEVES Y MEDALLONES ESCULPIDOS POR M. MENARD SOBRE EL FRONION Y LA FACHADA DE LA NUEVA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE BUEN-PUERTO.

des cúpulas del mundo, fué inaugurado solemnemente el domingo 15 de agosto.

Interiormente solo está terminado el coro. Entre las pinturas del hemicielo, debidas al pincel de M. H. Picon, se nota ya concluida la representación de la Cena. El mismo artista comienza, bajo las ventanas del gran domo, un friso de 59 metros de desarrollo, del consagrado al dogma de la Inmaculada Concepcion. Los visitantes se detienen tambien al pié de los medallones pintados por M. Conton, delante de la balastrada esculpida por M. Bousquet, y en fin sobre los entarimados de mosaico de M. Victor Margot, trabajo tan notable por la armonía de los colores como por la elegancia de los dibujos.

La fachada tiene por decoracion principal un inmenso fronton de 14 metros, cuyas figuras principales miden 2 metros 50 centímetros. Reproducimos aquí esa obra capital debida al cincel de M. Amadeo Menard, que ha sabido darla un carácter verdaderamente religioso. Desde los primeros dias de junio se habian descubierto las figuras esculpidas sobre el fronton de la nueva iglesia de *Nuestra Señora de Buen Puerto* por M. Ama-

deo Menard. Este trabajo, del autor de la estatua colossal de Santa Ana y de otras varias obras muy admiradas, tiene un aspecto general excelente. Se observa allí mas que la habilidad práctica; todo atestigua el sentimiento elevado de la concepcion que el cincel de M. Menard debia realizar con brillo. La obra es concienzuda. El que la admira comprende apenas el trabajo que ha debido costar al artista. — ¡Cuántos estudios, cuántas investigaciones, cuántos ensayos sucesivos para salir con buen éxito en la empresa! Hoy en fin está á la vista de todos, y los elogios unánimes de la prensa vienen á recompensar las tareas de M. Menard.

Las dos emociones contrarias de la vida del marino, la marcha y el regreso, dominadas por un pensamiento religioso, son los elementos de esa gran composicion, que se comprende fácilmente á la primera ojeada. *Nuestra Señora de Buen Puerto*, sentada en el centro sobre un trono cuyo pedestal es una roca, tiene en sus rodillas al niño Jesus, que extiende los brazos como para abrazar el mundo. El ángel de la marcha está á la derecha del trono, y apoyado en un timon extiende una mano en señal de bendicion hácia un grupo de



marinos que van á salir del puerto. Una madre anciana los ha llevado á los piés de la Virgen. Uno de sus hijos parece estar acostumbrado á los peligros de los largos viajes entre el cielo y el agua; el otro, mas joven, va á conocerlos por la primera vez; una hermana muy niña los sigue y arroja una mirada inquieta á un viejo marino que levanta el ancla del buque que se va á llevar á los dos hermanos.

En el otro lado del fronton los vemos de regreso en el puerto y cumpliendo el voto hecho á Nuestra Señora. Son acogidos por el ángel del regreso, en pié á la izquierda del trono de la Virgen, y que recibe los votos prometidos á la Patrona de los navegantes. La madre agradecida ofrece una vela de cera; el hijo ofrece un buque en miniatura, y la niña unas flores; el viejo marino está arrodillado y da gracias á la Virgen del Buen Puerto cruzando las manos.

Las catorce estatuas agrupadas de esa manera son muy notables por la expresion, la armonía de las líneas y la verdad en las actitudes. Se destacan en relieve sobre un fondo de azul y de rayos de oro.

M. Menard ha sabido ser claro sin caer en la vulgaridad. Su fronton es la traduccion de una idea sencilla y luminosa.

Letrilla.

¿Porqué teje Niso
De flores coronas?
¿Porqué dulce risa
Entreabre su boca?
¿Y coge el jazmin,
Lo junta á la rosa,
Y al blanco clavel
La roja amapola?
Sus ojos se animan,
Que por ellos brotan
Las dulces pasiones
Con que el alma goza.
Existé en el valle
Una ninfa hermosa,
Que Niso vió un dia
Al salir la aurora.
Al verla tan linda,
Gentil y graciosa,
Creyó que natura
Le envolvía en sombras,
Y que ella ofuscaba
La luz de la diosa.
El raudal de fuego
Que sus ojos brotan,
Enciende en su pecho
Llama abrasadora.
Los blondos cabellos
Que sus sienas ornan,
Prendido le dejan
En red amorosa.
Su tez es de nieve
Que el carmin colora,
Perlas son sus dientes,
De rubí es su boca,
Su talle gallardo
Las gracias adornan...
¿Qué extraño es que Niso
Creyérala aurora!
Por eso asegura
No vió jamás otra,
Tan bella y tan dulce,
Tan tierna y donosa.
Por eso le teje
De flores coronas,
Por eso la risa
Entreabre su boca,
Y coge el jazmin,
Lo junta á la rosa,
Y al blanco clavel
La roja amapola.

ADELA DE LA PEÑA.

Un hombre predestinado.

Ralph Cranfield se creyó desde su juventud predestinado á grandes cosas, y partió de su aldea en busca de tres señales maravillosas que habian de anunciarle tres grandes acontecimientos de su vida.

El primer acontecimiento era el amor de una mujer, á la cual reconocería por una alhaja que llevaría en el seno y que consistiría en una piedra preciosa en forma de corazon. Para encontrar esta virgen misteriosa debia recorrer el mundo, y al verla habia de decir: « Hermosa jóven, os traigo un corazon abrumado de cansancio. ¿Podré esperar que repose en el vuestro? » Y si era la esposa que el cielo le destinaba, ella le habia de responder poniendo la mano sobre la alhaja en forma de corazon: « Esta alhaja que llevo hace tanto tiempo os asegura que podeis esperar. »

Segundo acontecimiento. Ralph Cranfield creia además que habia un gran tesoro oculto en cierta parte de la tierra destinado para él, y que cuando su pié tocase

el sitio misterioso que le ocultaba, veria una mano dirigida hácia el suelo: ignoraba si esta mano estaria esculpida en mármol, ó grabada en algun peñasco ó en el tronco de un árbol, pero estaba seguro de que tendria el índice inclinado hácia el tesoro y debajo la palabra latina: *Effode!* Al abrir la tierra el oro acuñado ó en barras, las piedras preciosas, el tesoro, en fin, debia recompensar sus esfuerzos.

El tercer acontecimiento prodigioso era la adquisicion de una inmensa influencia y de un gran poder sobre sus semejantes, es decir, que llegaría á ser rey, fundador de una monarquía hereditaria ó apóstol de una religion regenerada. La señal con que habia de reconocer el cumplimiento de este presagio era la llegada de tres hombres venerables pidiéndole audiencia. El principal de ellos debia llevar una vara profética con la cual habia de trazar cierta figura, y desempeñar en seguida su mision llena de gloriosos resultados para nuestro héroe.

Ralph partió de su pueblo natal, que era una aldea de la Nueva Inglaterra, y recorrió la América, la Europa, el África y el Asia sin hallar las señales misteriosas. Diez años despues regresó á su patria abatido y desesperado, y encontró tan pocos cambios en la aldea que se figuró que su viaje habia sido un sueño.

— ¡Aquí está el cambio! exclamó sonriendo con amargura y dándose un golpe en el pecho.

Ralph Cranfield llegó al anochecer á la casita donde su pobre madre lloraba la ausencia de un hijo perdido. Antes de entrar se sentó en un banco de piedra, y dirigió sus ojos al amigo de su infancia, al árbol que daba sombra á la puerta de su casa, pero su mirada se detuvo en el tronco donde vió una cosa que le excitó una melancólica sonrisa. Era una inscripcion medio borrada, la palabra latina *Effode* que recordaba haber grabado en la corteza. Habia empleado en grabarla todo un dia en la época en que principiaba á pensar en su encumbrado destino. Por una coincidencia muy extraña, la corteza habia producido debajo de la inscripcion una excrecencia en forma de mano, cuyo índice señalaba la palabra fatal. Así le pareció al menos á Ralph en medio de la cárdena luz del crepúsculo.

— Un hombre crédulo, dijo con indiferencia, podria suponer que el tesoro que he buscado por toda la tierra se esconde en la puerta de la casa de mi madre.

Apareció entonces en el umbral una mujer de cincuenta años que salía á ver quién era el desconocido sentado en el banco de piedra. Era su madre.

No contaremos la escena que presencié entonces aquella casita triste y solitaria.

Ralph se levantó al amanecer, y se vió rodeado de todos sus antiguos amigos que, sabedores de su llegada, se apresuraban á visitarle y á felicitar á su madre. El viajero les recibió con ademan grave y sombrío, pero la buena mujer reía y lloraba á un tiempo de alegría, y suplía con su incansable charla el silencio de su hijo.

— ¡Ralph! ¡hijo mio! gritó de pronto asomándose á la ventana, vienen á verte el *squire* Hawkwod y los dos *selectmen*.

El *squire* Hawkwod se dirigia en efecto hácia la casa de Ralph, precediendo á sus dos compañeros: era un anciano enfático que, segun la moda que principiaba entonces á desaparecer, llevaba un tricornio y un baston con puño de plata; del cual se servia mas para esgrimirlo como un florete que para apoyarse. Ralph se asomó á la ventana, contempló á los tres respetables personajes, y envolvió sus vulgares figuras en la niebla novelesca que vagaba por su alma creándole fantásticas ilusiones.

— Hé aquí, dijo sonriendo, tres ancianos; el que va delante es un venerable sabio con una vara. ¿Quién sabe si esos embajadores me traen el mensaje que la suerte me ha destinado?

Cuando el *squire* Hawkwod entró con sus compañeros, Ralph se levantó, dió algunos pasos para salir á recibirlos, y saludó con ademan grave y solemne. El *squire*, segun su invariable costumbre, empezó á esgrimir el baston, despues se quitó el tricornio, se enjugó la frente y se dispuso en fin á manifestar el objeto de su visita.

— Grande es la responsabilidad que pesa sobre mis colegas y sobre mí, dijo el anciano, pues somos los magistrados elegidos de esta aldea. Hace tres dias que estamos seriamente ocupados en la eleccion de una persona apta para desempeñar un cargo importantísimo, cargo que si se considera cual es debido, no cede en grandeza al de los príncipes y los reyes. Ahora bien, vemos en vos, que sois nuestro digno conciudadano, una persona de talento cuya instruccion han completado vuestros viajes por el extranjero; estamos convencidos de que hace tiempo estais curado de ciertas ideas fantásticas que atormentaban vuestra juventud, y por consiguiente hemos reflexionado que la Providencia os ha conducido á vuestra patria para sacarnos del apuro.

Cranfield miraba sin pestañear al orador durante esta arenga como si descubriera alguna cosa misteriosa y sobrenatural en el enfático *squire*, y como si este llevara el traje flotante de un sabio de la antigüedad en vez de la levita de faldas cuadradas, el chaleco largo, los calzones de terciopelo y las medias de seda. Y su asombro no era inmotivado, porque los círculos que describía el baston en el aire era casualmente la señal que debia confirmarle la mision del sabio que Cranfield habia buscado en vano por toda la tierra.

Así pues, Ralph preguntó con voz trémula de emocion:

— ¿Cuál es ese cargo que me igualará á los príncipes y á los reyes?

— El de maestro de escuela del pueblo, respondió el

squire Hawkwod: la plaza está vacante por la muerte del venerable Whitakes que la desempeñaba dignamente hace cincuenta años.

El magistrado campesino y sus colegas se retiraron despues de una breve visita, pero sus imágenes quedaron grabadas en el alma de Cranfield y se identificaron cada vez mas con las figuras venerables que se le habian aparecido en sus sueños. Su imaginacion se fijó de tal modo en las facciones del *squire*, que acabaron de confundirse con las del sabio de la vision, y que el uno le pareció tan solo la sombra del otro.

— Es la misma persona, pensaba, que me miró desde la cúspide de la gran pirámide, la que me hizo señas en medio de los salones de la Alhambra, la que vi confundidamente en las neblinas que se elevan del monte San Bernardo.

Y á cada esfuerzo de su memoria reconocia alguna de las facciones del mensajero del destino en aquel aldeano, tan enfático y tan orgulloso de su propia importancia. Ralph Cranfield permaneció abismado en sus reflexiones hasta la noche, escuchando apenas las mil preguntas que le hacia su madre sobre sus viajes y aventuras, y respondiendo con monosílabos. Salió entonces para dar un paseo, y al pasar por delante del árbol, su mirada volvió á fijarse en la imagen de la mano que indicaba la inscripcion medio borrada.

Mientras Cranfield recorria la calle de la aldea, los pálidos rayos del crepúsculo proyectaban su sombra á lo lejos, y se figuró que aquella sombra que se adelantaba en medio de mil objetos lejanos era el emblema del presentimiento que le habia precedido hasta entonces en sus excursiones. Y á medida que se aproximaba á aquellos objetos encontraba en cada uno de ellos recuerdos de su infancia y de su juventud. Algunas vacas pacian en la yerba que crecia en las márgenes del camino, y el perfume de sus flores sencillas le inspiraba grato placer.

— Es mas suave, murmuró, que los perfumes que traía á nuestra nave la brisa de las Molucas.

Salió de una cabaña un niño regordete y sonrosado que tropezó y llegó rodando hasta los piés de Cranfield. El grave y severo viajero se inclinó, levantó al niño del suelo, y se lo devolvió á su madre.

— Los niños, dijo suspirando y sonriendo, van á ser confiados á mi cuidado.

Y mientras se esparcía en su corazon, como el agua de una fuente pura y cristalina, una oleada de tiernos sentimientos, llegó á una casa hácia cuya puerta le impulsaba secreto y vehemente deseo, y creyó oír dentro una dulce voz, que parecia salida de un corazon sensible y amante, y que cantaba una tonada monótona y plañidera.

Ralph bajó la cabeza para entrar por la baja puerta, y cuando su paso resonó en el umbral, se dirigió hácia él una jóven en medio de la oscuridad naciente, primero con precipitacion, despues con paso menos seguro, y no tardaron en encontrarse ambos cara á cara.

Advertiase entre la jóven y Ralph un extraño contraste: el rostro del viajero en su lucha con todo el mundo habia recibido los rayos del sol de todos los países y lo habian azotado todos los vientos; pero el rostro de la jóven era blanco, amable y sereno, como si la tranquilidad de su vida hubiera triunfado de todas las emociones. Y sin embargo por diferentes que parecieran los dos semblantes, se descubria en ellos cierta simpatía y un reflejo de sentimientos que brotaban de las cenizas de un fuego casi extinguido.

— ¡Sed bien venido, Ralph! dijo Fides Egerton.

Cranfield no respondió al momento porque habia atraido sus miradas un alfiler en forma de corazon que llevaba Fides sobre el pecho. En aquel alfiler brillaba una piedra ordinaria, y recordó que él mismo la habia hecho en otro tiempo con una de las puntas de flecha que se encuentran en tanta abundancia en las guaridas de los salvajes. Aquel corazon era precisamente el modelo del que llevaba la jóven de sus sueños: Cranfield se lo habia regalado á Fides como un recuerdo de despedida cuando partió en busca de su fantástico amor.

— ¿Habeis conservado ese corazon, Fides? dijo al fin.

— Sí, respondió la jóven ruborizándose. Y añadió despues jovialmente: ¿Qué me traéis de vuestros viajes?

— Fides, dijo Ralph Cranfield que, cediendo á un impulso irresistible pronunció las palabras fatales, solo os traigo un corazon abrumado de cansancio: ¿podré esperar que repose en el vuestro?

— Esta alhaja que he llevado tanto tiempo, respondió Fides enseñando el alfiler con mano trémula, os asegura que podeis esperar.

— ¡Fides! ¡Fides! exclamó Cranfield estrechándola en sus brazos, habeis realizado mis sueños.

Sí; el delirante despertaba por fin, y para hallar su misterioso tesoro, bastábale cultivar la tierra que rodeaba la casa de su madre y recoger sus productos; en vez de un mando militar, de una autoridad real ó de un poder religioso, iba á gobernar los niños de la aldea; la jóven de sus ilusiones habia desaparecido, y en su lugar se veía la compañera de los juegos de su infancia.

Si todos los que alimentan tan extravagantes deseos se contentaran con mirar en torno suyo, á buen seguro que verian casi siempre que la esfera de sus deberes, de su ventura y de su prosperidad está en los sitios donde los colocó la Providencia. ¡Felices los que pueden leer el enigma sin agotar la vida haciendo infructuosos esfuerzos para descifrarlo.

T. — GREGORIO AMADO LARROSA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Primeras confecciones de otoño. — Sombreros para la próxima temporada. — Tocados de seda y tocados para baile. — Colección de guirnalda y de ramilletes de flores. — El *Correo de Ultramar* ofrece siempre las primicias á sus hermosas lectoras. — Descripción del figurín de este número, que representa dos graciosos prendidos de otoño.

Mucho se sabe ya sobre las confecciones nuevas, de modo que voy á tratar inmediatamente de las fantasías de la moda. La forma albornoz se oculta bajo el nombre de confecciones con capuchones en su mayor parte, si bien cada prenda aspira á no ser un albornoz. Además, las confecciones que voy á describir son de otoño; la moda no ha dispuesto nada todavía para el invierno.

Hé aquí los modelos que conozco:

— Un zuavo de cachemira negro con *soutaches* de oro, alamares de oro y botones oro y negro. Es un capotillo ancho y flotante que no dibuja el talle.

— Una capa de príncipe de paño cachemira gris y blanco con adornos negros. Por detrás esclavina redonda; por delante la capa va forrada, y oculta una manga pequeña. No puede verse una prenda mas juvenil y elegante.

— Un talisman de terciopelo negro que describe una ancha esclavina; va orlado con dos listas de terciopelo imperial blanco con guipuré, y un gran volante de guipuré con adornos de pasamanería. Capuchon guarnecido igualmente de listas de terciopelo blanco y lazo con borla.

— Un baden de terciopelo escocés blanco, verde y encarnado, con rayas de terciopelo negro; en lo alto lleva un tirante de terciopelo negro, cubierto de guipuré; este tirante no ajusta el talle y hace describir á la capa anchos pliegues de un estilo elegante y nuevo.

— Un condestable de terciopelo negro con un cuello de cuatro rollos de terciopelo negro orlados de negro y violeta. Esta capa lleva una manga grande Montmorency, que parte del cuello y cae tan larga como la prenda.

— Un bohemien de cachemira de cuadros gris y blanco con rayas grosella y negro; mangas trovador orladas de anchas vueltas de cachemira encarnado, y cubiertas con una aplicación calada de terciopelo epinglé negro. — Capuchon trovador con vueltas que rematan en punta y con el mismo adorno que las mangas.

— Una favorita de paño gris con drapería que se desarrolla á partir de los hombros y deja flotar grandes pliegues que dan á esta prenda un aspecto único. Un magnífico galon de terciopelo enriquecido con un rizado de raso estampado, orla los contornos y la drapería de esta prenda. Delante lleva bolsillos.

— Un antonelli de terciopelo negro con entredos de encaje y de terciopelo epinglé. Esta prenda figura un capote con manga religiosa y va adornado con una sobrepelliz de cardinal, que se abre sobre la falda. Arriba lleva una esclavina cuadrada de entredos de Chantilly y de terciopelo epinglé.

Vemos pues que las nuevas confecciones son soberbias, pero esto nada tiene de extraño saliendo como salen de la casa Gagelin, que tiene una multitud de medallas y de premios de honor ganados en las Exposiciones de Paris y de Londres.

Los sombreros siguen el mismo impulso que las confecciones, lo que equivale á decir que son muy artísticos, pues la moda quiere salir de esa uniformidad de color y de corte que hemos visto durante algunos años.

Voy á enumerar los mas graciosos que he visto hasta hoy para la estación de otoño.

— Un sombrero de terciopelo epinglé blanco con el ala y el bavolet lisos y el borde del casco de tul cubierto con una hermosa blonda levantada á la derecha con un lazo de terciopelo epinglé. Del interior arranca una pluma azul como en diadema, se retuerce elegantemente y vuelve en espiral sobre el sombrero prendiéndose en un lado.

— Otro tambien de terciopelo epinglé blanco y de terciopelo verde de dos tonos. Sobre el bandó lleva un adorno de rico encaje negro flotando á la izquierda. Por dentro adorno emperatriz formando un bandó entrelazado de terciopelo verde de dos tonos y volviendo sobre el sombrero como un lazo de un género nuevo. Las cintas son de terciopelo de dos tonos.

— Otro de medio vestir con el ala de terciopelo negro y un bonito adorno de terciopelo azul china que cae sobre un pequeño fondo-capuchon de raso blanco. Bavolet de raso blanco; interior compuesto de un bandó de flores terciopelo azul y negro.

— Una capota de raso blanco rizado; al borde del ala y del bavolet un sesgo de terciopelo grosella. Sobre la capota un lazo de terciopelo grosella que sostiene una hermosa pluma negra.

— Un sombrero de crespon ó de terciopelo epinglé blanco, con ala de terciopelo grosella. Por un lado un rico encaje sosteniendo una pluma blanca.

— Un tocado de terciopelo cereza que describe un grueso lazo por detrás; dos anchos sesgos vienen á rematar en punta por delante; el primero de ellos para en los bandós. Estos dos sesgos deben cubrirse de diamantes ó de estrellas de oro.

— Otro de medio vestir de blonda vaporosa; por un lado una rosa sencilla; las dos cintas se anudan bajo la barba con otra rosa. Es de puro estilo Luis XV.

— Otro de tul y de flores formando una nube en torno del rostro y de los hombros.

— Un hermoso y elegante tocado de terciopelo verde azoff sembrado de diamantes y de perlas de oro.

Ya que estoy en los tocados voy á señalar una colección de coronas y de guirnalda para los primeros bailes.

— Una guirnalda de forma redonda compuesta de rosas y ramitas blancas con follaje de terciopelo color de castaña y racimitos de uvas brillantes. Esta guirnalda tiene un carácter serio y distinguido, y debe llevarse con un traje rico.

— Una guirnalda de pensamientos variados de tonos naturales, muy abundantes por detrás, con una elegante franja de plumas blancas que cae caprichosamente sobre el cuello. Con

esta guirnalda se lleva un vestido cuya falda describe un delantal Luis XV, y se compone de hileras de franjas de plumas, sostenidas á cada lado por ramilletes de pensamientos. Para el corpiño una hilera de franjas formando berta con ramillete y broches para los hombros de pensamientos.

— Un bandó de estrellas de oro en bonitas hojas nacientes formando un ramillete de verdura por el lado derecho, en tanto que por el lado izquierdo se abren dos flores de palmas de un blanco verdoso. Esta guirnalda se hace tambien toda de rosa ó de malva con estrellas de plata.

— Un tocado compuesto de racimitos de uvas negras con rosa aterciopelada azulada y botones de oro. La forma es enteramente redonda y de un grueso igual en todo su contorno.

— Un tocado Francisco I compuesto de una pluma blanca que parte del bandó y guarnece el lado izquierdo; esta pluma se halla sostenida por una trenza de terciopelo y oro, que forma diadema emperatriz.

Creo que he señalado bastantes novedades. Ahora concluiré este artículo con la descripción del figurín que representa dos trajes de otoño.

El primero se compone de un vestido de tafetan malva con doble falda orlada con un rizado. Cuerpo escotado de punta por delante y por detrás, con esclavina de tul rayada de listas menudas de terciopelo negro, y guarnecida con una franja de borlitas. Mangas de pliegues abiertas en forma de un gran volante con rizado. Afollado de tarlatana blanca á la Carlota Corday, que se detiene en el codo. Babuchas de cabritilla lila con afollados de cinta lila y tacones del mismo color; cinta de terciopelo lila en los bandós que remata por detrás en un grueso lazo de terciopelo con puntas flotantes.

El segundo traje es de tafetan de cuadritos blanco y grosella, tambien de doble falda. La segunda falda va orlada con un ancho rizado de cinta grosella y guarnecida con un encaje negro. Cuerpo alto, sin faldetas, con tirantes de cinta grosella y de encaje negro. Mangas muy anchas con el mismo adorno. Cuello parisense de muselina bordada. Afollados de muselina con puños bordados. Manteleta de tul negro, adornada con anchas bandas de terciopelo negro sobre el volante de tul y otras dos listas de terciopelo sobre el cuerpo de la manteleta. Guantes de color de paja; botitas de cabritilla gris abotonadas por un lado y con tacones Luis XV. Sombrero de crespon blanco con ala y fondo de casco de terciopelo grosella; por un lado y por dentro espigas de paja de Italia. Cintas de tafetan blanco con segundas cintas de terciopelo grosella.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Biarritz en 1858.

I.

Biarritz tan célebre hoy renace de sus cenizas. En el siglo XI era una colonia de aventureros vascongados que hacian una cruda guerra á las ballenas. Entonces reinaba mucha actividad en ese pueblo. Vastos almacenes donde se amontonaban los touels de aceite rodeaban el fuerte, y para su defensa tenia un castillo fuerte construido en la cumbre de la Atalaya. Pero las ballenas huyeron de los intrépidos vascongados y se refugiaron en los mares lejanos. Reducidos á la inacción los pescadores abandonaron su floreciente establecimiento, y en breve Biarritz no existió ya mas que de nombre.

Hace medio siglo la moda de los baños de mar sacó ese nombre de la oscuridad en que habia caído; se construyeron nuevas casas, y la vida vino á renacer en esa aldea abandonada hacia tanto tiempo. El aspecto de la ribera habia cambiado mucho. El mar siempre tan terrible en el golfo de Gascuña, habia destruido el puerto y minado las rocas. ¡Con cuánto estrépito debió hundirse el castillo de la Atalaya! Sus restos yacen sepultados bajo las inmensas rocas caídas que las olas bañan sin cesar, y cuyas formas extrañas sorprenden al viajero.

De año en año se multiplican las habitaciones: hoy Biarritz es un bonito pueblo elegante y rústico á la vez. Tiene casitas pintadas y con persianas verdes, entre las cuales se ven los hoteles de Europa, de los Príncipes y de Inglaterra, y el palacio de la Industria, grandes monumentos al lado de esas construcciones diminutas; todo ello forma tres ó cuatro calles paralelas al mar.

La aldea está dominada por colinas cubiertas de jardines y donde aparecen hermosas casas de recreo. A tan corta distancia del mar cuesta trabajo preservar á los árboles de las emanaciones marítimas, abrigándolos detrás de las paredes. A lo largo de las costas la vegetación es nula, lo que forma un contraste singular. Así á trescientos metros de ese anfiteatro verdoso en torno de la villa Eugenia, que se alza como por encanto sobre el borde de las rocas batidas por las olas, únicamente el tamarisco rompe la monotonía en la ladera inculta y desolada.

La fortuna de Biarritz se declaró desde que la emperatriz Eugenia tomó la costumbre de pasar allí una temporada. Al instante se elevaron la villa y la nueva iglesia, y despues no han cesado las mejoras y los embellecimientos; este año se han aumentado los esfuerzos para hacer digno al pueblo de Biarritz del alto patrocinio que le dispensan. Hemos visto la calle del Príncipe Imperial que conduce á la antigua iglesia de la aldea por un pinar arenoso; el embarcadero de la Emperatriz, construido á lo largo de un pinar gigantesco que abraza el Puerto de los Pescadores; en la plaza de la Capilla la fuente Eugenia; tres tritones lanzan caños de agua que caen en una concha profunda, la cual tiene encima una columna de granito con un globo de bronce; este globo que corona la diadema imperial está sostenido por un águila con las alas desplegadas.

Debe abrirse un camino de la costa de los Vascongados al Puerto Viejo. ¡Cuántas dificultades habrá que vencer! Pero las rocas no pueden resistir á la mina, y sobre los barrancos se echan puentes. Un camino trazado en el flanco de las peñas debe conducir á la playa, de modo que este baño que parecia quedar fuera de Biarritz, se hará accesible á los aficionados. Senderos bien cuidados y con barandillas de madera surcan las costas; estos senderos conducen á plataformas y al terrado de la Atalaya, ese punto culminante de Biarritz donde los paseantes van á disfrutar del gran espectáculo que la mar ofrece.

El domingo 1º de agosto, en presencia de una muchedumbre innumerable que habia acudido de las cercanías, se inauguró con mucha pompa en la *costa del Molino* un establecimiento vasto y hermoso que reemplaza las barracas primitivas. Esta costa recibió el nombre de *baños Napoleon*. Todo se ha puesto con lujo. Hoy los paseantes pueden circular en una ancha galería exterior adornada con una balaustrada sostenida por elegantes columnas, y los bañistas de ambos sexos encuentran cuartitos provistos de todo lo necesario.

Hasta aquí Biarritz no podia rivalizar con las ciudades de baños de fama; pero gracias á la inteligente iniciativa de M. Montfort, se ha elevado allí como por encanto el indispensable Casino, con galerías llenas de tiendecillas. Salon de baile, de espectáculo y de concierto, salones de juego, de conversacion y de lectura, fonda con mesa redonda de cien cubiertos, nada falta. Del terrado del casino que mira á la villa Eugenia y al faro, se disfruta de una hermosa vista sobre el mar y sobre la costa del Molino, donde todo el dia hay centenares de bañistas.

II.

En Biarritz se pueden tomar baños en tres sitios. Las playas son muy accesibles; aquí el mar está tranquilo, allí está alborotado, de modo que cada cual puede elegir á su gusto.

Principiamos por la *Costa del Molino*, hoy baños Napoleon.

Esta ancha playa corre describiendo una curva hasta la residencia imperial; á poco que esté la mar agitada, las olas se precipitan allí con furia. Es el sitio que elige el nadador intrépido, y llaman á ese sitio la *costa de los Locos*. Hacia la mitad de la curva se eleva el pabellon de baños de la Emperatriz.

El Puerto Viejo (lo que queda del antiguo puerto del siglo XI), forma un dique semi-circular cerrado por las rocas. El nadador tímido que no se atreve á entrar en la costa de los Locos, acude á este punto donde no corre ningun peligro; una cuerda tendida á unas veinte brazas sirve de limite, y mas allá se encuentra un barquichuelo dispuesto á recoger al imprudente que presumiera demasiado de sus fuerzas. Tocar á la cuerda es la gran osadía del bañista; provisto de un par de calabazas llega á ella dando salpicones y se agarra lanzando gritos de triunfo; pero á veces suele faltarle el equilibrio, y entonces se hunde con la boca abierta y vuelve á presentarse en la superficie haciendo gestos horribles. Aquellos que tienen gusto en arriesgarse al agua de cabeza, acuden tambien al Puerto Viejo. Sobre una roca á flor de agua han elevado una plataforma de tablas; desde esa altura dan el salto peligroso aclamados por la muchedumbre.

El año próximo las barracas dispuestas en semicírculo sobre la playa, darán frente á un establecimiento mas elegante aun que el de los baños Napoleon. Esta sustitución acabará de dar á Biarritz un aspecto enteramente aristocrático; pero el viajero, amigo del caracter local, deplorará la pérdida de las barracas actuales con sus tejados encarnados, que tambien se armonizan con la bahía. En estas barracas hay una porcion de gente; este espía al que llega, aquel le presenta el traje, el otro le ayuda á quitarse cuando sale del baño, y en el momento de pagar no faltan manos para recibir el dinero. En lugar de ese personal animado habrá señoras en el despacho de las entradas, vestidas de gala.

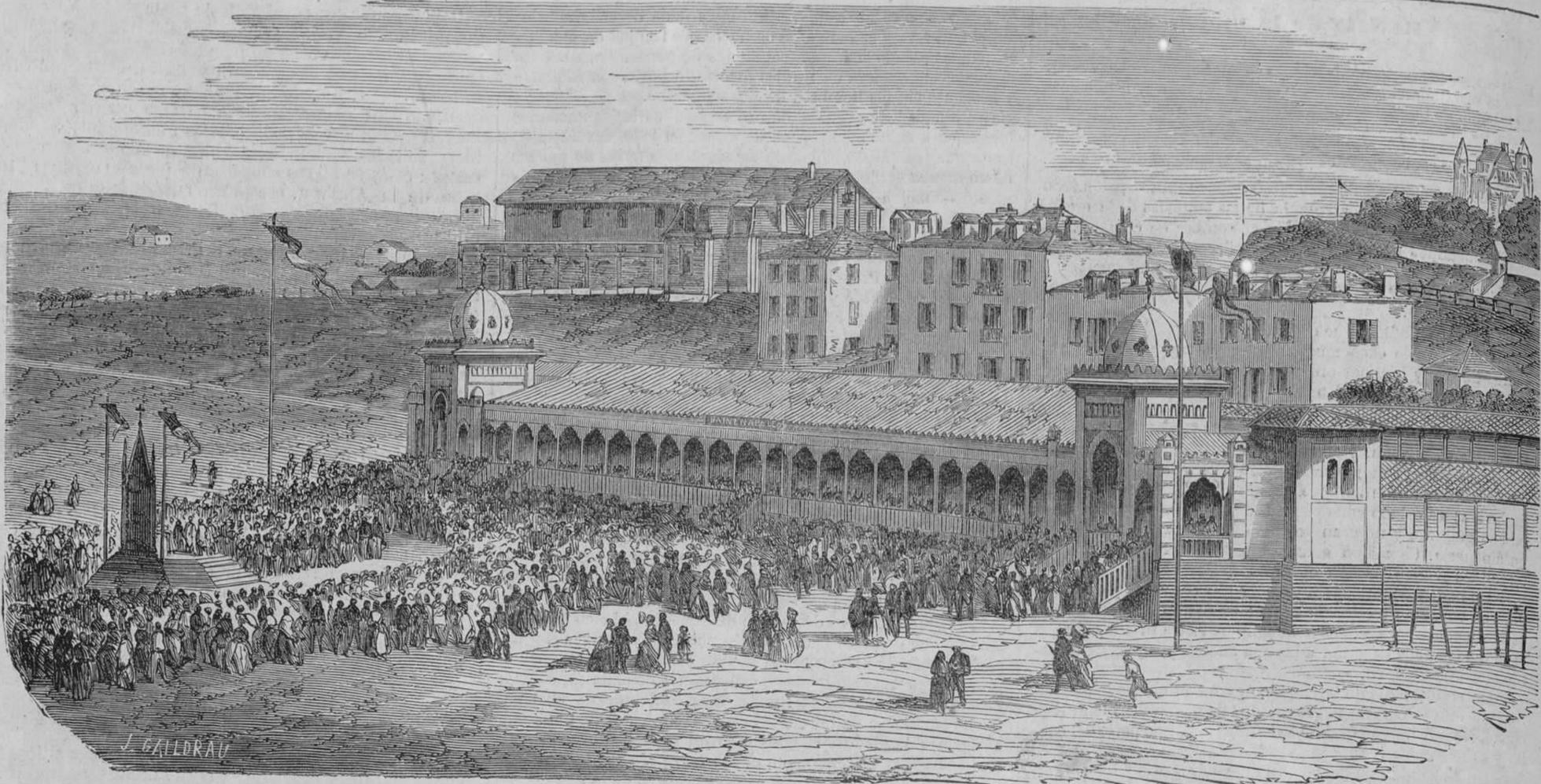
Queda la *costa de los Vascongados* al pie de altas rocas de las que se baja por un sendero casi vertical; solo está frecuentada por la gente económica.

Dos palabras sobre una costumbre singular de los vascongados, relativamente á esta roca. — Una vez por año, el domingo que sigue á la fiesta de la Asunción, bajan de las montañas en cuadrillas, con sus vestidos de fiesta y coronados de flores y de cintas, se esparcen por la aldea cantando, y se entregan á los bailes mas extravagantes. Despues bajan la cuesta; allí, hombres, mujeres y niños se desnudan; se toman de la mano formando una línea, y á una señal dada se lanzan al encuentro de las olas gritando; despues de chapuzarse así cinco ó seis veces, van á extenderse sobre la arena y se secan al sol.

III.

Por la tarde cuando sube la marea el Baño Napoleon y el Puerto Viejo ofrecen un espectáculo animado, digno de admirarse con el antejo.

Hé aquí los impacientes, los *locos*; estos atraviesan brincando la playa y se precipitan en las olas. Aquellos que temen la immersion inmediata no se precipitan así, lo piensan mucho antes de arrojar al agua. El dandismo se encuentra en todas partes; en la playa le vemos bajo el traje de fantasía de ese joven fatuo que con el



NUEVO ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS EN BIARRITZ.

cigarro en la boca se adelanta con una indolencia estudiada. Al mismo tiempo los que salen del baño tiritan chorreando agua. Todos los tipos famosos de la caricatura humana desfilan sucesivamente: los gordos y los flacos presentan el contraste mas chocante. Las señoras suministran tambien su contingente al espectáculo. En la playa como en el baño los sexos andan cerca. Mirad esa jóven elegante con pantalon y vestido de lana negra ajustado al talle con un cinturon de charol y la cabeza cubierta con una papalina de hule. A su lado marcha el bañista. En el momento de entrar en el agua ese caballero la pone en la cintura un par de calabazas y la echa un cubo de agua en la cabeza; luego tomándola de la mano, como si se tratara de un baile, la conduce al encuentro de la ola. — La dama cada vez que llega la ola da un saltito gracioso suspendida de las manos de su bañista y lanzando unos gritos encantadores que atraviesan el corazón del espectador inmóvil y pensativo que presencia esos juegos. El traje sin embargo, tiene muy poco de gracioso; pero ¿quién se atreve á decirselo á las damas?

A. V.

ESTATUA ECUESTRE

DEL

EMPERADOR NICOLAS.

Camina á su fin el año 1858 sin que hayamos tenido en Paris una exposicion de bellas artes, ni la tendremos hasta marzo de 1859. ¿Este tiempo de dos años que

se ha dejado libre á los artistas habrá sido favorable para el arte? — La respuesta no se podrá dar hasta el año próximo. Pero en tanto llega el día en que se sometan al exámen del público las obras que se elaboran aun en el silencio de los talleres, justo es que no desaparezcan, sin que los señalemos á la atención, ciertos trabajos artísticos hechos en este tiempo, y que no figurarán en la Exposicion de 1859.

La estatua ecuestre del emperador de Rusia Nicolás I es una de esas obras que no podrán ser admiradas en Paris, pues debe ser enviada próximamente á la Exposicion de San Petersburgo.

Su autor, M. Van Clef, ha representado al emperador durante una revista, alzando el brazo derecho para dar un orden, cuya energía parece comprender su caballo. Lanzado al trote y parado bruscamente, el caballo se doblega con flexibilidad cargando todo su peso sobre las patas traseras, que se fijan en la tierra dispuestas á saltar como un resorte, si el jinete no se hace obedecer con firmeza; pero como su mano permanece fija sobre el pomo de la silla para tirar las riendas, todas las partes del cuerpo del caballo dominado manifiestan su sumision; de las patas delanteras una se estira al impulso de la voluntad que la domina, en tanto que la otra parece protestar aun antes de plantarse en el suelo. La ejecucion de esta estatua acusa en M Van Clef un progreso que ya habian hecho sentir trabajos anteriores de mucho mérito.

G. J.



ESTATUA ECUESTRE DE NICOLAS I, EMPERADOR DE RUSIA.